

Selección TERROR

EL COMPRADOR DE RECUERDOS

Lou Carrigan

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

464 – Entre el miedo y el horror, *Clark Carrados*.
465 – En la casa del lobo, *Lou Carrigan*.
466 – El ritual de la sangre, *Donald Curtis*.
467 – Siniestro, *Lou Carrigan*.
468 – Macabra inmortalidad, *Ralph Barby*.

LOU CARRIGAN

EL COMPRADOR DE RECUERDOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 469
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 39.917 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1982
1.* edición en América: agosto, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

EL NARRADOR ESPECIAL

—¿Esos son todos sus recuerdos, señor Marqués?

Bernard D'Autreil asintió con la cabeza, fija la mirada en su escalofriante interlocutor, Mayer Van Bercken, al que se le llamaba habitualmente MVB. No podía evitarlo, le producía espanto la visión de aquellos «ojos» fijos en él.

—Francamente, me siento decepcionado —dijo MVB tras un breve silencio.

—Lo siento... Le aseguro que le he contado los recuerdos más importantes de mi vida.

—Le creo. Pero no valen gran cosa.

—Bueno... Me pregunto qué esperaba usted.

—Pues, de un hombre de su importancia esperaba mucho más. Es usted un hombre de mundo, tiene dinero, un título nobiliario que por supuesto ya huele a rancio, pero que permanece... Sí, esperaba bastante más, tanto en lo personal, en sus cosas íntimas, como en sus recuerdos de relaciones con otras personas. Tenía el convencimiento de que sus relaciones le permitirían contarme más, mucho más.

Bernard movió las manos como pidiendo disculpas.

—Parece que los dos hemos perdido el tiempo, entonces.

—Oh, no. Yo no, ciertamente. La verdad es que de cuando en cuando alguno de mis proveedores de recuerdos me falla, como es el caso de usted. Tengo otro caso en estos momentos, precisamente. Y se me está ocurriendo que entre ambos podrían arreglar el asunto.

—No comprendo.

—Mire, señor Marqués, las personas como usted y mi otro proveedor no me interesan ni aquí, en el «Pelikaan», ni fuera de él. No tienen categoría suficiente. Pero he encontrado el medio de que mi tiempo no sea desperdiciado del todo. Dicho de otro modo, puedo ayudarle a usted a conseguir mejores recuerdos.

—No comprendo —repitió Bernard D'Autreil.

—Lo comprenderá cuando, al despertar, busque en el bolsillo derecho de su chaqueta y encuentre la nota con instrucciones.

—¿Al despertar? —se desconcertó Bernard.

Mayer Van Bercken no dijo nada más. Simplemente, extendió el brazo derecho, apuntando con él a Bernard D'Autreil, que no tuvo tiempo de nada.

Recibió en el centro del pecho la descarga del rayo azulado, y eso fue todo.

* * *

Despertó de pronto, y sólo vio verdor a su alrededor. Todo era verde. Parpadeó, movió la cabeza, y vio tos helechos. También había pequeños árboles y otras variedades de matorrales. Todo de color verde, como la luz

que se esparcía con igual intensidad por todas partes.

Bernard se sentó, y entonces algo que había tenido sobre el vientre cayó al suelo a su lado, con sonido metálico. Lo miró, y soltó un fuerte respingo. Eran dos objetos que le produjeron un escalofrío: un hacha y un enorme cuchillo.

Todavía sentado, se apartó de ambos objetos, y volvió a mirar alrededor. La luz verde, tenue pero suficiente para ver perfectamente, lo llenaba todo. No podía ver de dónde procedía, era como si estuviese allí, flotando. El color verde le pareció de pronto absolutamente siniestro...

Y de pronto, recordó lo ocurrido, y volvió a respingar.

Se llevó una mano al bolsillo, y, en efecto, dentro había un papel. Lo sacó, y, a la verde luz, leyó las breves instrucciones, escritas a máquina en letras mayúsculas:

«TRAIGAME EL CORAZON DE SU ENEMIGO O EL ME TRAERA EL CORAZON DE USTED.»

Durante unos segundos, Bernard no entendió las instrucciones. O mejor dicho, su mente se negó entenderlas. De pronto, miró hacia el hacha y el cuchillo enorme, y lanzó una exclamación:

—¡No!

Se puso en pie de un salto. No sabía dónde estaba, pero iba a salir de allí. ¡Quería salir de allí, marcharse lo más lejos posible y cuanto antes de los dominios de MVB!

Mirando con desespero a todos lados, vio entonces sobre su cabeza el largo brazo metálico que sostenía una cámara de televisión.

Le estaban viendo. Estaba en una selva verde artificial donde reinaba el más absoluto silencio, pero le estaban viendo. MVB le estaba viendo.

Oyó el rumor a su derecha, y volvió vivamente la cabeza. De momento no vio nada, salvo que muy cerca de él, en !a espesura, unas ramitas se movían. Recordó la nota que había dejado escapar de entre sus dedos al ponerse en pie, y la buscó con la mirada. Entonces vio de nuevo el hacha y el cuchillo.

A su derecha volvió a oír el rumor, y esta vez sí, esta vez Bernard vio un instante el rostro de un hombre, que desapareció. Pero no tan deprisa que él no pudiera identificarlo: allí, en aquella selva verde y silenciosa, estaba también Oscar Olmedo, otro de los invitados de MVB, que si no recordaba mal era cónsul o algo así de un país sudamericano...

Pero... ¿por qué se escondía Olmedo?

Lo comprendió súbitamente al oír por entre la espesura el sonido metálico.

Un sonido idéntico al que habían hecho poco antes el cuchillo y el hacha que habían dejado sobre su vientre.

Es decir, que Olmedo tenía también un hacha y un cuchillo enorme. Y debía tener, también, una nota como la suya, con las mismas o parecidas instrucciones.

El escalofrío que recorrió la espalda de Bernard fue como un latigazo que

le hiciera reaccionar. Se abalanzó hacia el hacha y el cuchillo, y, en el momento en que se inclinaba a recogerlos, el rumor ante él fue más fuerte, seguido de un fuerte jadeo.

Vio ante él las piernas de Olmedo, y, como en una súbita y atroz pesadilla, comprendió lo que estaba pasando: Olmedo se disponía a matarle.

Se echó a un lado, y así, el golpe de hacha que le habría partido la cabeza le acertó de refilón en el borde del hombro izquierdo, llevándose carne y ropa. Bernard lanzó un alarido y cayó sentado. Junto a él, Oscar Olmedo cayó de rodillas, arrastrado por el peso de la enorme hacha con la que había lanzado el fallido golpe. Por un instante, los dos hombres se miraron, ambos con los ojos desorbitados, ambos lívidos, ambos desencajadas sus facciones.

Inmediatamente, Olmedo comenzó a levantar de nuevo el hacha, todavía arrodillado.

Bernard lanzó un grito, asió el cuchillo del suelo, y lanzó un pinchazo hacia Olmedo, acertándole en el ojo derecho. Olmedo emitió un berrido escalofriante, dejó caer el hacha, y se puso en pie de un salto, llevándose las manos a la cara. Por entre sus dedos, Bernard vio el chorro de sangre que se deslizaba hacia la barbilla. Pero no era sangre roja. Ni verde. Tenía una coloración de lo más siniestro que había visto en su vida. Rojo y verde mezclados...

Olmedo seguía gritando, con un desespero que de pronto, se tomó en furia, en enloquecida rabia. Retiró las manos del rostro, se las miró con su ojo sano, y luego descendió éste sobre el paralizado Bernard. Acto seguido se inclino a recoger el hacha. Bernard lanzó otro pinchazo hacia Olmedo, pero éste lo esquivó, consiguió hacerse con el hacha, y la alzó sobre el francés, que se tiró a un lado llevándose consigo el cuchillo.

Sintió el golpe, desde luego, pero no le pareció que fuese nada importante. Sí, sí, había notado el contacto en el pie derecho, pero no debía ser nada importante...

Miró hacia allí, y vio su pie. Es decir, vio lo que quedaba de su pie. Un poco más allá, la parte de delante, con los cinco dedos, aparecía casi completamente fuera del trozo de zapato que el hacha había cortado. La sangre brotaba a borbotones por el muñón recién abierto.

Todavía no le dolía.

Estupefacto, Bernard miraba su pie, partido. Tenía medio pie en su sitio, esto es, al final de la pierna, y otro medio pie en el suelo, saliendo de medio zapato.

Alzó la mirada, y vio a Olmedo más cerca de él, con el hacha de nuevo en alto. Por encima del hacha, Bernard vio la cámara que estaba filmando la escena, o levándola directamente a algún receptor de televisión. Todo lo vio de golpe, todo formando una imagen irreal, increíble.

Se apartó con el tiempo justo. Olmedo no cayó de rodillas esta vez, pues había aprendido la lección anterior, pero sí se venció hacia delante. Bernard lanzó un pinchazo hacia las ingles del sudamericano, y el cuchillo se hundió

allí con blando chasquido. Olmedo dejó caer el hacha, y emitió un grito que lo hizo vibrar todo. Sus ojos casi estaban fuera de las órbitas cuando retiró el cuchillo con un seco tirón, sin dejar de gritar. Bernard agarró el hacha de Olmedo, y se metió corriendo bamboleante entre la vegetación, dejando unas espantosas manchas de sangre con su muflón.

Se dejó caer al suelo un poco más allá. Sentía ahora un dolor tan atroz en el pie que creía que se iba a desmayar. Era tan insoportable que quería gritar, .aullar, y desmayarse... Sí, desmayarse era lo mejor, así no sentiría nada.

Pero si se desmayaba, Olmedo lo encontraría indefenso, y entonces lo mataría, y le... le arrancaría el corazón para llevárselo a MVB.

En alguna parte, Olmedo gemía el horrendo dolor de su zona genital mutilada. Seguramente, también se iba a desmayar de un momento a otro. O, como él, se sobrepondría, temiendo que él fuese a matarlo.

¡Cómo si él fuese capaz de matar...!

El pensamiento dejó aturdido a Bernard D'Autreil.

¿Era él capaz de matar?

Cuando menos, y acababa de quedar demostrado, era capaz de defenderse. Sí, lo que había hecho había sido para defender su vida, pero no era capaz de matar, no... ¡Claro que no!

Así que, simplemente, puesto que él no era capaz de matar a Olmedo, Olmedo sería quien le matase a él.

Las mandíbulas de Bernard se apretaron con fuerza.

Ya no oía a Olmedo, había dejado de gemir.

No oía nada, todo estaba de nuevo en el más denso silencio.

Y rodeado de aquel silencio total, Bernard se fue poniendo lentamente en pie, con el hacha en la mano derecha. Sentía una cosa extraña en el pie derecho, y en toda la pierna. Como si algo se estuviera... durmiendo. Sí, durmiendo.

Permaneció inmóvil varios minutos, respirando silenciosamente. Tanto silencio había allí que si respiraba normalmente Olmedo le oiría.

Y él también oiría a Olmedo si se acercaba a él respirando normalmente.

Pero Olmedo no haría eso, claro. Como él, Olmedo respiraría en silencio. Y debía estar moviéndose también en silencio, acercándose. Olmedo tenía dos cuchillos y un hacha. Estaba más armado que él. Y podía caminar, podía desplazarse, buscar una buena posición.

Bernard oyó la respiración, aquel leve jadeo. Ah, sí, lo había oído perfectamente. Olmedo se estaba acercando. Muy despacio, temiendo incluso el crujido de alguna articulación, Bernard fue alzando el hacha con ambas manos.

Se quedó inmóvil,, esperando, medio metido entre un arbusto.

Oscar Olmedo apareció por su izquierda al cabo de un par de minutos. Por un instante, a Bernard le pareció un gato. Un gato silencioso que había salido de cacería, y que, caminando despacio, sigilosamente, miraba hacia el frente en busca de la presa.

De pronto, y justo en el momento en que daba otro sigiloso paso hacia delante, Olmedo vio a Bernard.

Pero ya no tuvo tiempo de nada. Girando sólo con las caderas para darle frente mejor, Bernard estaba descargando el golpe. Olmedo vio el destello verdoso en el hacha, y su reacción fue pueril: dejó caer sus armas para intentar protegerse la cabeza con ambos brazos.

Ni siquiera de eso tuvo tiempo.

Se oyó el impacto, el tremendo crujido óseo, y la cabeza de Oscar Olmedo estalló, fue dividida violentamente.

El sudamericano cayó hacia atrás con fuerza, todavía con el gesto de alzar los brazos. Bernard dejó caer el hacha, y quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Estuvo así unos segundos, hasta que, de pronto, comenzó a temblar. Temblaba tanto que le pareció que oía el entrechocar de todos sus huesos.

—Vamos, señor Marqués —sonó de pronto la metálica voz de MVB—, ya ha hecho lo más difícil. Termine su labor, y verá qué fácilmente se convierte usted en un Narrador Especial.

Bernard abrió los ojos. Por supuesto, MVB no estaba allí. Allí solamente estaban él y Olmedo. Y ahora, él tenía que arrancarle el corazón a Olmedo. Sabía que tenía que hacerlo, porque si no lo hacía MVB le daría motivos para arrepentirse amargamente...

Tan amargamente como se estaba arrepintiendo de haber escuchado las proposiciones del intermediario que le había propuesto comprarle sus recuerdos, de aquel maldito Helmutt... ¿Cómo había podido aceptar una cosa así?

—Señor Marqués —sonó de nuevo la metálica voz de MVB—, estoy esperando. Le sugiero que termine su labor. Vamos, no se desanime: sólo tiene, que abrir el pecho de su enemigo, arrancarle el corazón, y traérmelo... ¡Ya verá como todo esto, estas vivencias especiales, le permitirán ofrecerme recuerdos más interesantes que los de hasta ahora! Vamos, hágalo, y así podrá decirme luego qué ha sentido, qué ha pensado, qué emociones y reacciones se han ido sucediendo en usted. No lo olvide, señor Marqués: usted ha venido aquí a vender recuerdos... ¡y yo soy el comprador!

Bernard D'Autreil miraba lentamente, con expresión fatigada, en busca del lugar de donde procedía la voz, pero era inútil.

Se acercó cojeando a Olmedo, y se sentó a su lado. Cuando vio cómo había quedado la cabeza del sudamericano sintió un estremecimiento de horror.

No.

No había sido él quien había hecho eso. ¡Claro que no!

¿Cómo se abría un pecho humano?

Reunió ante él los cuchillos y las hachas, y se quedó mirándolos. Ciertamente, con aquello tenía suficiente para abrir un pecho y arrancar el corazón que contenía. Pero... ¿cómo se hacía?

¿Qué sentiría cuando tuviera en sus manos el corazón de Oscar Olmedo?

Oh, vaya, estaba pensando tonterías, porque él no iba a hacer eso, claro

que no.

De ninguna manera. No lo haría. No, no lo haría.

Bueno, había cometido un error al dejarse convencer por Helmutt Webber, el enviado del comprador de recuerdos, pero ya no iba a cometer más errores.

Ni más errores.

Claro que no.

De todos modos, con el hacha debía ser más fácil, porque se podía golpear. Si golpeaba en el centro del pecho de Olmedo con el hacha lo abriría como si fuese de cartón. Con el cuchillo sería más laborioso. Y mucho más difícil, naturalmente. Sí, con el hacha se podía golpear, abrirse fácilmente camino.

Pero él no haría semejante cosa.

Claro que no.

No.

¡Dios, cómo se arrepentía de haber aceptado el contacto con Helmutt Webber!

CAPITULO PRIMERO

Helmutt Webber, alto, apuesto, elegante, mundano, entró con gesto sonriente, de persona encantada de la vida, en el café de la Rue Grenelle llamado «Phebus». No era éste, un local propiamente anodino, ya que tenía un agradable ambiente, pero distaba mucho de tener esa cierta vieja distinción de otros cafés famosos en París.

Eso sí: era un lugar más bien agradable por lo discreto. Motivo básico, por no decir único, que había determinado que Helmutt Webber lo eligiera para sus contrataciones.

Nada más llegar, Helmutt miró hacia una determinada mesa del rincón .de la izquierda, donde había sentada una mujer, sola. Una mujer demasiado rubia, vestida con un atuendo demasiado vulgar, y con unos lentes demasiado grandes y de cristales demasiado oscuros.

Helmutt se dirigió sin vacilar hacia esa mesa, mientras, tras el inicial gesto de desconcierto, su sonrisa se tomaba ligeramente burlona. Pero sólo por un instante. Cuando se detuvo ante la mesa ocupada por la mujer su gesto era cortés.

—Espero no equivocarme, Madame —murmuró.

—¿Usted es Helmutt? —preguntó ella.

—En efecto, Madame.

—Entonces, no se equivoca.

Helmutt se sentó de lado con respecto a la mujer, en posición tal que veía todo el local. Casi todas las mesas estaban ocupadas, a pesar de que hacía más calor allí dentro que en las colocadas en la terraza frente al café. Había grupos, parejas, personas sueltas ante el mostrador...

—No sé si he hecho bien en aceptar esta entrevista —dijo la mujer.

—Pronto se convencerá de que sí, Madame —dijo Helmutt—. ¿Me permite invitarla a champán helado, para empezar de modo tan placentero nuestra relación?

Ella asintió. Helmutt pensó que su peluca era demasiado llamativa, pero siempre valía pecar más por exceso que por defecto. Y era muy natural que la dama no quisiera ser reconocida.

Hizo una seña a uno de los camareros, que se acercó, escuchó el pedido, y se alejó en su busca. Helmutt encendió un cigarro delgado y aromático, mientras miraba a la pareja un tanto curiosa que ocupaba una mesa relativamente cercana a la suya. Aunque... ¿por qué le parecía curiosa aquella pareja?

Bien, con seguridad porque se trataba de dos hombres, no de un hombre y una mujer. Uno de los hombres era joven, rubio, muy atractivo, con aspecto de deportista tirando a playboy. Incluso quizá era demasiado guapo.

El otro no era demasiado guapo; simplemente, era de una belleza viril, recia, quizá un tanto hosca. Sus cabellos color cobre mostraban unas

atractivas canas en los aladares. Sí, debía tener algo más de cuarenta años. Vestía muy bien, con sobria elegancia, de ese modo que sólo los entendidos saben valorar. Sus ojos negrísimos estaban fijos en el guapo muchacho, mientras su boca se plegaba en un gesto que casi parecía hostil. Helmutt pensó que el hombre de más edad no parecía en absoluto contento. Y pensó, también, que no le gustaría demasiado discutir con él por ningún motivo...

Volvió la cabeza hacia la dama, que acababa de darle un golpecito en un brazo.

—Es una lástima, ¿verdad? —dijo la dama.

—¿El qué? —se desconcertó Helmutt.

—Lo de ese hombre. El muchacho es guapo, pero el de más edad es... o parece otra cosa. Lástima, sí.

Helmutt volvió a mirar a la pareja. El muchacho decía algo agitando una mano. En la muñeca destellaba un grueso nomeolvides de oro. Aunque quizá destellaban más los espléndidos y casi infantiles ojos del bello rubito.

De pronto, Helmutt comprendió. O creyó comprender: eran dos homosexuales.

Volvió la cabeza de nuevo hacia la dama, y, tras encoger los hombros, dijo:

—Creo que la entiendo, Madame, pero allá cada cual con sus cosas.

—Es cierto —asintió ella—. Señor Helmutt, usted me dijo por teléfono, cuando me llamó tan... misteriosamente, que iba a hacerme una oferta que yo no podría rechazar. ¿De qué se trata?

—Estoy dispuesto a comprarle sus recuerdos, Madame.

—¿Mis recuerdos? —se irguió ella, sorprendida—. ¿Quiere decir... mis memorias?

—Bueno, no de un modo exacto. Digamos que sólo me interesan sus recuerdos más... importantes.

—¿Quiere decir cosas que me hayan ocurrido?

—Así es. No toda su vida relatada cronológicamente, sino los recuerdos que más impresión le hayan causado..., quiero decir, los recuerdos de las cosas que más la hayan impresionado en la vida.

—Esto es absurdo.

—¿Por qué? Todos tenemos recuerdos interesantes, Madame. Y usted, una famosísima soprano, debe tenerlos en gran cantidad. Aunque quizá no es usted tan famosísima como debiera. Y eso es lo que yo le ofrezco.

—Me ofrece... ¿qué?

—A cambio de sus recuerdos, le ofrezco el camino para alcanzar el éxito definitivo que nunca ha conseguido.

La mujer palideció ligeramente. Estuvo unos segundos en silencio, antes de murmurar:

—Creo haber alcanzado el éxito, señor Helmutt.

—El éxito, sí. Pero no la gloria. Digamos, para entendernos, una gloria total como la de María Callas, por ejemplo.

—No todas podemos ser una María Callas —jadeó la mujer.

—Tal vez yo pueda convencerla de lo contrario, Madame... Ah, aquí nos traen el champán.

En efecto, el camarero llegó, portando un cubo con una botella de champán dentro, y el servicio de copas. Sirvió champán a los dos, y se retiró. Helmutt alzó su copa, y brindó:

—Por su gloria, Madame.

Ella ni siquiera tocó su copa.

—No le entiendo a usted —dijo—... No comprendo qué es lo que me ofrece exactamente. Es más, no creo que pueda ofrecerme nada. El nombre de María Pavese se ha escrito en letras grandes en todos los programas de ópera del mundo entero.

—¿En letras tan grandes como el de María Callas? —sonrió Helmutt Webber.

Ella estuvo unos segundos mirándolo fijamente. Luego, alzó su copa de champán, y bebió un sorbo.

—Y todo eso de los recuerdos... —dijo después—. ¿Qué significa exactamente? ¿Que debo contarle mis... secretos?

—Sin duda eso sería lo más interesante.

—No pienso hacer semejante cosa. Decididamente, su oferta, que no acabo de entender del todo, no me interesa.

—Eso es lo mismo que si un ministro dijera que no le interesa ser presidente, Madame. ¿No le parece a usted que cualquier ministro daría cualquier cosa por ser el presidente de Francia? Ya sé que ministro no está nada mal, pero... ¿acaso no es mejor ser Presidente?

—No me gusta esto... ¡No lo entiendo! ¿Qué haría usted con mis recuerdos? ¿Publicarlos?

—Disfrutar de ellos, solamente. Piénselo bien.

La dama quedó pensativa. Helmutt Webber miraba hacia la puerta del café, donde aparecía un grupo de personas, conversando animadamente: dos o tres hombres y otras tantas mujeres. Pero, en un instante, para Helmutt Webber sólo existió una de las mujeres recién llegadas: la preciosa muchacha de cabellos rubios.

Alta, de cuerpo espléndido, vestida con elegancia modesta. Su rostro era bellísimo, y sus grandes ojos verdes parecían reflejar todas las luces del mundo. Helmutt Webber no había visto nunca nada igual. Estaba fascinado. La muchacha reía en aquel momento, tras dar un golpecito afectuoso en un brazo a uno de los hombres, alto, sólido, fuerte. Mal adversario, pensó Helmutt.

De pronto, le pareció que la muchacha le miraba... Pero no, no le miraba a él. Miraba hacia la mesa donde estaban los dos homosexuales. Vio el gesto de sorpresa de la preciosa rubia. Luego, su vacilación. Finalmente, dijo algo a sus acompañantes, y se acercó por entre las mesas a la que ocupaban los dos homosexuales. Helmutt miró a éstos. Parecían enzarzados en una sorda

discusión. El de más edad tenía fruncido el ceño. El guapo muchacho sonreía y movía negativamente la cabeza...

La rubia pasó cerca de Helmutt, y se detuvo ante la mesa ocupada por los dos hombres que discutían.

—Perdonen... —la oyó Helmutt—. Es una sorpresa agradable encontrarle en París, señor Fair. ¿Cómo está?

La muchacha tendía la mano, sonriente. El hombre de más edad miró la mano, miró hoscamente a la muchacha, y dijo:

—Se confunde usted.

—Claro que no... —Rió ella, un poco violenta, retirando la mano lentamente—. Soy Birgit Lamarr, la periodista alemana que tuvo el privilegio de ser invitada a la última recepción de lord Sinclair, jefe del Almirantazgo británico. Eso fue en Londres, hace no más de... cuatro o cinco semanas.

—Le he dicho que se confunde —masculló el hombre.

—Bien... Lo siento. Perdone mi insistencia, pero... ¿no es usted Wellington Fair, el secretario de lord Sinclair? Estuvimos charlando de...

—¿Cómo he de decirle que se confunde? —Se endureció el rostro del hombre—. Haga el favor de dejarme en paz.

La muchacha llamada Birgit estaba de perfil con respecto a Helmutt, que captaba perfectamente su desconcierto, y hasta, en aquel momento, una simpática cólera mal contenida. La vio mirar un instante al bello y sonriente muchacho rubio, mirar de nuevo al que negaba llamarse Wellington Fair, y decir, fríamente:

—Siento mucho esta confusión. Perdón.

Se dirigió hacia el mostrador, donde sus acompañantes estaban conversando y riendo. Helmutt la siguió con la mirada. Miró luego al sujeto de mal carácter, y, de pronto, recordó que estaba en compañía de María Pavese. Se sobresaltó, y la miró vivamente. Ella le estaba mirando con fría fijeza: podía ver el brillo de sus ojos tras los oscuros cristales de las gafas.

—Si ha recuperado su cortesía, señor Helmutt —deslizó la dama—, podemos terminar la conversación.

—Le ruego que me disculpe. Bien —sonrió—, espero que haya tomado la decisión más adecuada.

—Eso creo. No me interesa su oferta, que considero impertinente y extravagante. Adiós, señor Helmutt.

—Creo que debería pensarlo mejor, Madame.

—Mejor no es posible. Adiós... Y por favor, no vuelva a llamarme por ningún motivo.

Se puso en pie, rodeó la mesa, y se dirigió hacia la puerta. Helmutt Webber no la miró. Se quedó mirándose las manos fijamente. Por fin, tomó de nuevo la copa de champán, y bebió otro sorbo. Cuando miró hacia la puerta de nuevo, la dama llamada María Pavese ya no se veía.

Percibió el movimiento en la mesa de los homosexuales, y miró discretamente. El bello rubio se había puesto en pie. Parecía entre divertido y

enfadado; más divertido que enfadado. Sin duda, de un modo u otro, creía controlar la situación. Se inclinó hacia el de más edad por encima de la mesa, y dijo algo que Helmutt no pudo oír, y que hizo apretar las mandíbulas al otro. Finalmente, el muchacho se alejó en dirección a la puerta, por la cual desapareció.

Helmutt miraba de reojo ahora al que no admitía llamarse Wellington Fair, ni ser el secretario del jefe del Almirantazgo británico. Caramba, ¡jefe del Almirantazgo británico! Aunque seguramente la muchacha rubia de los hermosísimos ojos verdes se había equivocado, claro.

O no, pensó Helmutt, conteniendo una sonrisa. Se podía admitir perfectamente que al tal Fair no le hiciera ninguna gracia haber sido identificado en París dedicado a relaciones homosexuales... Cosas de la vida.

Helmutt buscó a la rubia con la mirada. Ella estaba de pie ante el mostrador, charlando animadamente con los componentes de su grupo, pero mirando de cuando en cuando de reojo, entre desconcertada e irritada, al hombre que había quedado solo en la mesa. ¡Qué demonios, claro que la muchacha no se había equivocado! Sólo había que ver la expresión sombría del tal Fair, el cual, bien mirado, resultaba impresionante. Y muy interesante, tanto en lo físico como por su condición de secretario de lord Sinclair, cuyo nombre, por supuesto, conocía perfectamente Helmutt Webber.

La idea, lógicamente, tuvo que pasar por la mente de Helmutt: ¡qué interesante sería comprarle los recuerdos al jefe del Almirantazgo británico! Pero éste era inabordable. En cambio, su secretario...

¿Acaso los secretarios y secretarias no eran los más importantes confidentes de sus jefes?

El interés de Helmutt por el tal Wellington Fair iba en rápido aumento. Ahora que lo veía solo, sin la imagen que determinaba la presencia del guapo rubio, Fair le iba pareciendo más y más impresionante. Parecía muy inteligente. Y duro. Ah, sí, era un sujeto que debía resultar muy difícil de tratar. Era... como un desafío para Helmutt Webber.

Absorto en el estudio y en la disimulada contemplación de Wellington Fair, Helmutt tardó unos segundos en darse cuenta de que la preciosa rubia había quedado sola ante el mostrador. Estaba hablando con el camarero, que asintió, y colocó ante ella un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. La muchacha escribió algo rápidamente, arrancó la hoja, y se encaminó decididamente hacia Fair, que ahora la miraba con mal contenida irritación.

Helmutt aguzó el oído, convencido de que sería muy interesante la conversación entre ambos personajes.

Se llevó el gran chasco. La muchacha llegó ante la mesa, se apoyó en ésta con ambas manos, y se inclinó hacia Fair, diciendo algo que Helmutt no pudo oír. Cuando la muchacha se irguió, la hoja arrancada del bloc de notas quedó sobre la mesa. Fair no había dicho ni una palabra. Ella se irguió, dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Desapareció.

Wellington Fair estaba mirando el papel, todavía sin tocarlo. Alzó su vaso,

y bebió un buen trago de whisky con hielo. No parecía precisamente contento.

Helmutt llenó de nuevo su copa de champán, la tomó, se puso en pie, y se acercó a la mesa del otro. Se plantó ante él, sonriente.

—¿Puedo sentarme con usted, señor Fair? —preguntó.

El impresionante británico lo miró con dura viveza. Su ceño se frunció:

—Se equivoca usted —gruñó, en perfecto francés ahora, no en inglés, como había conversado con la rubia llamada Birgit.

—¿También se ha equivocado la señorita Lamarr, la periodista alemana? —deslizó Helmutt sin dejar de sonreír.

Los alargados párpados de Fair se entornaron.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Helmutt, señor Fair. Le interesa conversar conmigo: puedo ofrecerle la ocasión de su vida...

* * *

¡La gloria definitiva!

¿Y si fuese verdad? ¿Y si aquel hombre tuviera... algún recurso extraordinario, algún poder especial que pudiera conseguirle realmente eso?

María Pavese se debatía en profundas dudas, mientras conducía hacia el edificio donde tenía su apartamento, en la Avenue Montagne, muy cerca de los Campos Elíseos. Estaba cansada de París, quería volver pronto a Roma, donde tenía su residencia fija. O mejor, se iría a descansar unos días a cualquier localidad agradable de veraneo. Portofino, quizá. O Capri...

Se había quitado ya la peluca y las gafas de cristales oscuros. Había acudido a la cita muy discretamente, tal como Helmutt le había pedido por teléfono, pero ahora todo aquello le molestaba. ¡Ya utilizaba suficientes disfraces y pelucas cuando salía al escenario!

Pero... ¿y si todo fuese verdad? ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Para qué podía querer Helmutt sus recuerdos? Decididamente, había hecho bien en rechazar aquel asunto extraño. ¿O no? Porque era bien cierto que cuando alguien llega a la cumbre, ya no admiten que nadie más la alcance o la supere. Se elegía como ídolo definitivo a una cantante, un actor, a quien fuese, y ya quedaba para siempre como el prototipo de lo máximo. Como si nadie más pudiera superar al ídolo establecido. Esto no era justo. ¿Acaso no podía aparecer en cualquier momento una cantante mejor que la Callas, una bailarina mejor que la Paulova, un poeta mejor que Neruda...? ¿Por qué poner a éstos como tope máximo, inaccesible ya para el resto de las cantantes, bailarinas o poetas?

«Tal vez debí aceptar», pensó una vez más María Pavese, mientras introducía la llave en el cajetín del estacionamiento.

La puerta de éste se alzó. María Pavese condujo hacia el sótano del edificio, tras encender las luces y cerrar de nuevo la puerta. Llegó a su plaza, estacionó el coche, y paró el motor. El silencio se hizo en el estacionamiento.

María se dispuso a apearse, y fue entonces cuando vio al hombre que apareció por detrás de un coche estacionado tres plazas más allá.

No conocía al hombre. Seguramente no vivía en el edificio, aunque ella no podía estar segura. A fin de cuentas, sólo estaba en París pequeñas temporadas, y no tenía por qué estar al corriente de los cambios de vecinos en el edificio. El hombre se acercaba al coche de Marta, rápidamente, con gesto obsequioso. María comenzó a sonreír. Y sonrió con su peculiar encanto cuando el hombre le abrió la portezuela del coche.

—Muchas gracias —dijo María, disponiéndose a apearse.

La mano izquierda del hombre se posó sobre los cabellos de María Pavese, los agarró con una súbita presa brutal, y los retorció, obligando a María a ladear dolorosamente la cabeza.

Y todavía estaba el grito de soprano naciendo en la garganta de María Pavese cuando la mano derecha del hombre se cerró como un dogal de acero, abarcando casi todo el esbelto cuello nacarado. El grito quedó ahogado en la garganta de María, cuyo rostro se transformó por el sobresalto, y, sobre todo, por el pánico. Sus desorbitados ojos miraron el rostro del hombre, cuya mueca era ahora siniestra.

El apretón de aquella fortísima mano produjo en María la sensación de que su cabeza iba a estallar. Vagamente, se dio cuenta de que su lengua salía de su boca como proyectada. Le pareció que en su cabeza se producía un cortocircuito; o quizá fue sólo en sus ojos, que parecieron apagarse, quedar súbitamente ciegos.

Cuando volvió a ver con ellos, sabía que estaban saliendo de sus órbitas, proyectándose como la lengua. De modo confuso volvió a ver el rostro del hombre, que ahora le pareció demoníaco, satánico.

Todo el cuerpo de María Pavese se estremeció. La lengua era ahora como si estuviera en su boca un enorme trozo de algodón prensado y mojado. Le zumbaban los oídos. La luz de sus ojos volvió a apagarse, se encendió, se apagó de nuevo...

Y ya no regresó.

El hombre sacó del coche el cadáver de María Pavese, y lo metió en el asiento de atrás, entrando él seguidamente. De un bolsillo sacó una bolsa de plástico opaco. Luego, una gran navaja de muelles, que abrió silenciosamente. Riendo sofocadamente, el hombre sacó finalmente una tira de cuero, que anudó en torno al cuello de María, por su base, lo más bajo posible, apretando fuertemente, dejando la cabeza privada completamente del último riego sanguíneo que todavía habría estado recibiendo durante unos minutos.

—Debiste aceptar —susurró el hombre—. Pero de todos modos, tu cabeza formará parte de la colección. ¡MVB se va a poner muy contento cuando la vea!

Y con la afilada navaja comenzó a cortar, rápida y muy expertamente, por debajo de la apretada tira de cuero.

Sí.

Tal vez María Pavese debió aceptar vender sus recuerdos.

CAPITULO II

—Usted debe estar bromeando —dijo Wellington Fair—. Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

—Creo habérselo explicado bien, señor Fair: sólo se trata de vender sus recuerdos. Mas no por dinero, eso sería muy vulgar, sino por algo que vale realmente la pena.

—Suponiendo —se permitió una seca sonrisa Fair— que yo tuviera el menor deseo de ser algún día jefe del Almirantazgo británico.

—¿No tiene ningún deseo en ese sentido? —sonrió Helmutt.

—Ni siquiera se me había ocurrido nunca. Sé muy bien cuál es mi puesto.

—¿Y se conforma con eso... para siempre?

—Todos tenemos un límite en nuestras oportunidades.

—Generalmente, esos límites se los impone uno mismo, señor Fair. Yo no le estoy ofreciendo ser el rey de Inglaterra, lo que sí resultaría excesivo, pero... jefe del Almirantazgo británico es algo menos... fantástico, ¿no cree?

—Me gustaría saber qué demonios piensa hacer usted con mis recuerdos. Ni siquiera tienen importancia.

—En lo que se refiere personalmente a usted, tal vez no. Pero los recuerdos de usted incluyen cosas de la vida de lord Sinclair, ¿no es así?

—¿Debo entender que estamos negociando cosas de espionaje?

Helmutt se echó a reír, y Wellington Fair frunció de nuevo el ceño.

—Mire —masculló—, simplemente no me interesa su oferta. La considero una broma. O al menos, prefiero considerarla así, de modo que vamos a olvidar todo esto. No tiene sentido.

Helmutt Webber se quedó mirando fijamente a Fair. Si éste salía de allí lo iba a perder, sería luego muy laborioso volver a encontrarlo, y lo mismo acercarse a él. Naturalmente, Jakobs debía estar en aquellos momentos «trabajando» con María Pavese, de modo que no podría ver su seña al mirarse las manos, seguir a Fair y eliminarlo.

Y por otra parte, dos fracasos relativamente importantes en una sola jornada le parecieron demasiados a Helmutt. Casi le ponían de malhumor.

—¿Quién era su guapo acompañante? —preguntó de pronto.

—¡Eso no le importa a usted! —exclamó Fair.

—Quizá a mí no, pero podría interesarle a otras personas. Su rubio amigo es muy... atractivo. Posiblemente sea alguien que las amistades de usted en Londres conocen bien. Aunque no deben saber qué clase de relación hay entre ustedes.

—Tampoco usted lo sabe.

—Vamos, señor Fair... El muchacho es inglés, usted es inglés, residen sin duda ambos en Londres..., y vienen a encontrarse en un café de París, donde, dicho sea de paso, usted niega su personalidad a la encantadora señorita Lamarr, la periodista alemana... que le ha dejado esa nota... —Helmutt señaló

la hoja de bloc, todavía sobre la mesa—. Aunque me parece que no es ninguna nota. Yo diría que es solamente un número de teléfono. ¿Le ha pedido la señorita Lamarr que la llame a ese número para... aclarar la sorprendente situación?

—Maldita estúpida —gruñó Fair.

—Pero es muy bonita. Encantadora. Si bien creo que eso no le interesa a usted demasiado, ya que la señorita Lamarr, indudablemente, es una mujer.

—Pues si tanto le gusta a usted esa imbécil quédese el número de teléfono de ella y llámela. Es una medio zorra, de modo que es muy posible que consiga acostarse con ella.

—No debe hablar así de una jovencita tan encantadora. Lo que le ocurre a. usted es que está irritado con ella, ya que por su causa se encuentra en esta situación conmigo. Aparte, claro, de que a usted le gusta más su rubio muchacho.

—De modo que cree usted que soy un homosexual —torció el gesto Fair.

—Yo diría que eso es evidente. He presenciado una pequeña disputa entre... enamorados. Bueno, quizá el muchacho haya decidido dejarle a usted, y eso le tiene de malhumor. Mire, señor Fair, todas esas cuestiones no me interesan ni poco ni mucho. Acepte usted mi trato, dentro de unos cuantos días podrá volver a su vida normal en Londres, y le aseguro que por mí nadie sabrá nada respecto a sus tendencias sexuales. ¿Puede usted disponer de unos cuantos días?

—Sí. Estoy de vacaciones, precisamente. De paso en París. Pero se equivoca usted con respecto a mis tendencias sexuales. No soy homosexual.

—¿De veras? —Se mostró amablemente tolerante Helmutt—. En ese caso, tal vez pueda decirme qué discutían usted y el bello efebo.

—Eso no es de su incumbencia.

—Pero podría interesarle a lord Sinclair, por ejemplo... ¿Sabe él que es usted homosexual?

—Ya le he dicho que se equivoca.

—En tal caso, quizá le agradaría ser usted quien se acostase con la señorita Lamarr.

—Quizá me agradaría, si estuviese de mejor humor. Lo seguro es que no me agradaría hacerlo con usted, ni con el... bello efebo, como usted lo llama.

—Dígame qué les une, si no es lo que he pensado.

—No nos une nada que esté dispuesto a decirle a usted. Mire, si busca usted alguien que le venda sus recuerdos, ¿por qué no llama a Birgit Lamarr? Además de divertirse con ella seguro que se enteraría de muchas cosas. Es una periodista muy eficaz, y siempre se las arregla para relacionarse con los más importantes personajes de Europa. ¡Seguro que tiene muchos y más interesantes recuerdos que los míos para vender!

—No es ninguna mala idea... —sonrió Helmutt—. ¿Aceptaría usted si ella también lo hiciera? Estarían juntos, y puesto que usted asegura que no es homosexual, sin duda tendría la oportunidad de intimar con ella. Y serían

pocos días, señor Fair.

—¿Cuántos?

—Oh, una semana, a lo sumo. ¿Alcanzan sus vacaciones ese espacio de tiempo?

—De sobras. Apenas las he comenzado... Mire, Helmutt, llame a Birgit —Fair empujó la hoja de bloc hacia Helmutt—, entiéndase con ella, cómprele todos los recuerdos que quiera... ¡y déjeme en paz a mí! ¿Está claro?

—Señor Fair: si usted no acepta mi propuesta me las arreglaré para que lord Sinclair, su honorable jefe, se entere de su... estancia en París y su entrevista con el bello efebo.

—Eso es una asquerosa presión chantajista.

—Sí, en efecto.

—Pero vamos a ver: ¿adónde tengo que ir, qué clase de recuerdos quiere usted, qué significa todo esto, en definitiva?

—¿Acepta usted? —sonrió Helmutt.

—¿Conseguirá que vaya también esa idiota? —titubeó Fair.

—¿La señorita Lamarr? Me parece que será mucho más fácil de convencer que usted. Siendo periodista, espero que se sentirá muy atraída por una... aventura tan insólita como la de vender sus recuerdos. Sí, ha tenido usted una buena idea: la invitaré también. Y estoy seguro de que aceptará. Sobre todo, si le digo que usted también ha aceptado Le miraba con buenos ojos... al principio. Luego, me parece que no tuvo más remedio que llegar a la misma conclusión que yo respecto a usted y al efebo.

—Pues ambos están equivocados.

—Pero usted no desea que lord Sinclair se entere de esto.

—No... No lo deseo de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Quizá eso sea interesante vendérselo como recuerdo —sonrió hoscamente Wellington Fair.

—Sin duda tiene razón. Bien, señor Fair: ¿acepta?

—No creo poder hacer otra cosa. Pero recuerde: Sólo una semana. Y ahora, dígame de una maldita vez qué tengo que hacer, adonde debo ir..., en fin, todo.

—Deberá usted ir a Amberes...

* * *

La señorita Lamarr apareció en los Jardines de Luxemburgo un poco más tarde de las diez de la mañana, hora convenida telefónicamente la noche anterior con Helmutt. Este, sentado en uno de los bancos cercanos a la entrada a los Jardines por el Boulevard Sí. Michel, la miró por encima del periódico que mantenía abierto ante sí. En primera plana destacaba la noticia del hallazgo del cadáver sin cabeza de una mujer que había sido identificada como la cantante de ópera María Pavese, dentro de su coche, en el

estacionamiento donde tenía su apartamento.

Dentro del coche, se había hallado una peluca y unos lentes de cristales oscuros que la Policía suponía que la cantante había llevado en algún momento durante la tarde. Su coche, sus documentos de identidad, y su figura, harto conocida por el vecino que la había visto dentro del coche, sentada en el asiento de atrás, no admitían dudas respecto a su identidad. El vecino estaba hospitalizado, con una crisis de nervios, la policía había emprendido diversas gestiones para el esclarecimiento de los hechos...

Birgit Lamarr se había detenido, y estaba mirando a Helmutt desde una docena de pasos de distancia. Se acercó a él, y dijo:

—Usted debe ser Helmutt. Le recuerdo. Ayer por la tarde le vi en el café «Phebus».

Estaba preciosa. Helmutt se puso en pie, sonriente, y señaló el banco a su lado, hablando en francés, como la noche anterior.

—Por favor, siéntese, señorita Lamarr.

Ella se sentó, miró el periódico, y torció el gesto.

—Una noticia horrible —murmuró—. Muy propia para lectores morbosos. ¿Lo es usted?

—Más que morboso, soy curioso. Y admita usted que la noticia es del más alto interés.

—Sin la menor duda.

—Tal vez le gustaría a usted, como buena periodista, poder desentrañar este crimen. Sería un gran reportaje.

—Sí, pero no es mi estilo.

—Ah, sí, ya tengo entendido eso. Al parecer, tiene usted recursos para conseguir entrevistas y relaciones con los personajes más significativos de Europa.

—No exagere, no exagere —rió ella—. Bueno, Helmutt, usted me llamó por teléfono, así que solamente el señor Fair pudo proporcionarle mi número...

—¿Cómo sabe usted eso?

—Estoy en París de paso, en el apartamento de un matrimonio amigo mío. Y desde que llegué, solamente he proporcionado ese número de teléfono a Wellington Fair. Si a eso añadimos que ayer estaba usted en el café «Phebus», la cosa está clara. Lo que no entiendo es qué pretende el señor Fair con esto.

—El no pretende nada.

—Pues sigo sin entender. Le dejé ese número de teléfono para que me llamara a fin de darle una explicación o una disculpa por mi entrometimiento tan poco discreto, o bien para que él se disculpara por su brusquedad..., y él no me llama y me llama usted. ¿Puede explicarme qué significa esto?

—El señor Fair dijo que era usted una... medio zorra.

—¿Medio zorra? ¿Y eso qué significa?

—Bueno... Parece que él cree que es de lo más fácil acostarse con usted.

—Ya. ¿Y eso es lo que usted quiere? ¿Acostarse conmigo?

Birgit miraba sorprendida a Helmutt. En absoluto irritada o molesta, sólo sorprendida. Incluso incrédula.

—No me desagradaría —admitió Helmutt, riendo—, pero me parece que eso le gustaría más al señor Fair.

—Después de lo que vi ayer en el «Phebus», y de las conclusiones que obtuve, me parece poco admisible ese deseo del señor Fair. Aunque puedo haberme equivocado, claro.

—Seguramente, se ha equivocado, como me equivoqué yo mismo. El señor Fair asegura que no es homosexual.

—Ah, pues mejor para él. O peor... —rió Birgit—. ¡Esas cosas nunca se saben! Hay gustos para todo en la vida.

—De todos modos, sería... irritante que un hombre como el señor Fair la rechazase a usted a cambio de un muchacho, ¿no? Aunque quizá sea una cuestión de... encanto hacer sucumbir al señor Fair. Me pregunto si tiene usted ese encanto. A decir verdad, me gustaría que fuese así, y que... sedujera usted al señor Fair. ¿Se atreve?

—Casi parece una apuesta.

—¿Se considera capaz?

—Mire, si yo deseara llevarme a la cama a Fair lo haría por muy... desviado que él estuviera. Pero, francamente, no comprendo a qué viene esta conversación. ¿Me ha citado usted para hablar de cosas de cama, Helmutt?

—No... No, no. Veamos... ¿Qué le gustaría a usted ser, señorita Lamarr?

—Lo que soy: Periodista.

—Sí, sé que es una buena periodista, según el señor Fair. Pero... ¿no le gustaría nada más importante? Por ejemplo, ser la directora de un gran periódico alemán..., o mejor, de una cadena de periódicos y revistas alemanes. Creo que esto es la cumbre en la profesión, ¿no? ¿O tal vez lo sería formar una agencia internacional de noticias, la más importante del mundo?

Birgit Lamarr miraba fijamente á Helmutt. Había poca gente en los Jardines. El día se sugería cálido y neblinoso. Pero todavía era relativamente temprano, tal vez a mediodía el cielo estuviese despejado.

—Helmutt: ¿qué es lo que quiere de mí exactamente?

—Sus recuerdos. Le compro sus recuerdos.

Birgit estuvo unos segundos estupefacta. De pronto, se echó a reír.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¿A cuánto los paga?

—No ofrezco dinero, sino gloria, éxito definitivo: Usted conseguiría cualquiera de las cosas que antes he mencionado a cambio de sus recuerdos. Recuerdos no sólo de usted, sino los relacionados con tantas y tantas personalidades importantes europeas como ha conocido y entrevistado. Los recuerdos más importantes de su vida. El señor Fair ha aceptado. Sería muy agradable para mí tenerlos juntos como invitados. Y me divertiría ver si es usted o no es usted capaz de seducir al señor Fair. Personalmente, dudo que lo consiga, porque él no tiene muy buena opinión de usted.

—¿De veras? —Frunció el ceño Birgit—. Bueno, el señor Fair ya me está

fastidiando, y me gustaría darle una buena lección. Pero eso es secundario. No he entendido bien eso de la gloria, mis recuerdos... ¿Cree que mis recuerdos valen la pena?

—Supongamos que usted llegó a intimar con... un general del ejército alemán. ¿No sería digno de saberse lo que usted le sonsacó a ese hombre utilizando sus encantos?

—Tal vez —murmuró Birgit.

—Vamos, vamos... Y no digamos si se tratase de políticos de primera categoría, altos representantes de las finanzas internacionales..., y hasta recuerdos personales de sus relaciones con ellos: cómo hacen el amor, qué comen, qué tendencias emocionales prevalecen en ellos... ¿Me va comprendiendo?

—Sí. Y no me gusta.

—¿Ni siquiera pensando en su encumbramiento definitivo? ¿O no le gustaría ser la directora de una agencia internacional de noticias de la talla de la «United Press», la «Reuter», la «U.P.I»... ¿No le gustaría eso?

—Me gustaría muchísimo.

—Lo tiene mucho más fácil de lo que usted cree. Y para empezar a conseguirlo, todo lo que ha de hacer usted, por el momento, es presentarse en Amberes...

CAPITULO III

Todo el día había estado lloviendo en Amberes, Bélgica, y por la tarde seguía lloviendo, aunque menos intensamente. En el paseo de espera del Steen, el famoso muelle-embarcadero para abordar las embarcaciones que efectuaban paseos turísticos arriba y abajo del río Escalda, Birgit Lamarr y Wellington Fair se miraban, a distancia. El llevaba un gabán oscuro y paraguas, bajo el cual se cobijaba. Ella, solamente un impermeable con capucha, de bonito color azul, aunque en la sombría oscuridad lluviosa de la tarde casi parecía negro.

Se habían mirado varias veces, pero sin acercarse uno al otro. Parecían dedicar preferentemente su atención al intenso tráfico marítimo del río que albergaba uno de los más importantes puertos del mundo, con cinco esclusas que facilitan todas las actividades. En el norte de la ciudad, las instalaciones portuarias desaparecían entre aquella niebla de lluvia fría y menuda. De cuando en cuando sonaba una sirena, o una campana. Los barcos navegaban con las luces reglamentarias en aquella tarde que era ya sombría noche.

Por fin, Wellington Fair se fue acercando lentamente adonde esperaba Birgit Lamarr, que le miró expectante, como divertida.

—¿Qué tal? —saludó él.

—¿Se dirige a mí? —alzó las cejas Birgit.

—¿A quién, si no? —gruñó Fair.

—Oiga, ¿qué es lo que busca usted?

—No busco nada —se irritó Wellington—. Me he limitado a saludarla, señorita Lamarr.

—Se confunde usted.

—¿Cómo que me conf...?

Ella se echó a reír, alzando el rostro. El agua de la lluvia se deslizó en mayor abundancia por sus bellas facciones. Wellington Fair frunció el ceño, y luego sonrió de mala gana.

—De acuerdo, me ha devuelto la jugarreta —aceptó—. Siento lo que pasó en París, pero no podía... atenderla en aquel momento. ¿Le parecería bien cobijarse bajo mi paraguas?

—Es usted muy amable, señor Fair..., aunque un poco indeciso, ¿no cree? Hace rato que estaba esperando ese ofrecimiento.

Se metió bajo el paraguas, quedando frente a frente con Wellington, muy cerca sus rostros, lleno de agua el de ella. El resto de la cabeza estaba bien protegido por la capucha.

—Habla usted muy bien el inglés —dijo Wellington.

—Eso ya lo sabía usted.

—Sí, es cierto. Mmm... Bueno, ¿qué tal?

—Muy bien, gracias —rió ella—. ¿Y usted?

—Perfectamente, gracias. Hacía mejor tiempo en París.

—Bastante mejor, es cierto.

—De todos modos, un poco de lluvia resulta agradable a veces.

—Señor Fair, siempre me han parecido estúpidas las conversaciones sobre el tiempo. ¿No se le ocurre otro tema más interesante?

—Muchos, pero quizá nos estén escuchando, y eso no me gustaría nada.

Birgit miró a derecha e izquierda, luego tras ella, y, finalmente, siempre con gestos casi cómicos, por encima de uno y otro hombro de Wellington. Había gente en el Steen, ciertamente, pero cada cual encaminándose presurosamente a sus asuntos, pasando bastante alejados de ellos.

—¿Quién puede estar escuchándonos? —Preguntó Birgit—. No veo a nadie lo bastante cerca para conseguirlo.

—Seguramente usted ignora que hay unos aparatos a los que podríamos llamar supermicrófonos que son capaces de captar conversaciones a cien y más metros de distancia; todo lo que tendrían que hacer sería enfocar uno de esos aparatos hacia nosotros.

—Es usted fantástico... —se pasmó ella—. ¡Qué cosas se le ocurren! Vaya, hablemos en serio, ¿quiere? Dígame por qué el otro día en París me dio aquel chasco. ¿Quién era su hermoso amigo?

—Eso no es cuenta de usted, dicho sea con toda cortesía.

—De acuerdo. Hablemos de nosotros, entonces. Parece que ambos estamos dispuestos a venderle nuestros recuerdos a Helmutt. ¿No le parece algo realmente extraordinario?

—Lo es, sin duda alguna.

—¿Tiene usted muchos recuerdos interesantes, señor Fair?

—Algunos debo tener. Como todo el mundo. ¿Y usted?

—¡Oh, bastantes...! ¿Sabe cuál es uno de los más interesantes? Se remonta a hace unas cinco semanas, cuando le conocí a usted, en la recepción de lord Sinclair. Me pareció un hombre... impresionante.

—¿En sentido favorable o desfavorable?

—Favorable, favorable —rió Birgit—, Estuve dos días intentando comunicarme telefónicamente con usted, pero no lo conseguí. Me contaron una absurda mentira respecto a un repentino viaje.

—No fue mentira. Tuve que... Entonces, ¡fue usted quien estuvo llamando! Me lo dijeron a mi regreso..., pero no mencionaron su nombre. Me dijeron que la dama en cuestión no había querido decirlo.

—Pues ya ve: fui yo. Y me molesté bastante, porque creí que lo del viaje era mentira.

—No, no. Era cierto. Pero... ¿qué quería usted de mí?

—Debería usted haberlo comprendido ya, puesto que soy una... medio zorra.

—Ese Helmutt es un chismoso —gruñó Wellington—. Pero me parece que debo pedirle perdón por esas palabras. Estaba molesto con usted..., aunque eso no es una excusa, claro.

—No, no lo es, al menos para un caballero como usted. De todos modos...

Birgit dejó de hablar, y su mirada quedó fija en un punto por detrás de Wellington, a la izquierda de éste, que volvió la cabeza.

Vio a la pareja que caminaba hacia ellos. Una pareja excepcional. El hombre debía medir más de metro noventa, y bajo el paraguas se veía su gran cabeza rematada por el escaso cabello cortado a cepillo. Tomada de su brazo izquierdo, la mujer, de largos cabellos oscuros, alcanzaba sin duda el metro ochenta.

—Caramba... —murmuró Wellington—. ¡Caramba, y yo creía que usted y yo hacíamos una pareja interesante!

—También lo somos —rió Birgit—. Cuando menos, tenemos un estilo superior al de ellos. Me parece que vienen directos hacia nosotros.

Birgit Lamarr no se equivocó. En pocos segundos la impresionante pareja estuvo ante ellos. La mujer miró de uno a otro, sonriente, y dijo:

—Señorita Lamarr, señor Fair: les presento a Jakobs.

—¿Cómo están? —sonrió el gigante.

Pues, los dos parecían sencillamente estupefactos. Tanto, que ni siquiera contestaron a Jakobs, al que miraron un instante, para dedicar de nuevo toda su atención a la mujer..., cuya voz era inconfundiblemente de hombre. Y de un hombre conocido.

—¿Qué significa esto, Helmutt? —Gruñó por fin Wellington Fair—. ¿A qué viene esta mascarada?

—Una simple cuestión de precaución, señor Fair —rió la falsa mujer—. Nada que les afecte a ustedes, sin embargo. ¿No han traído equipaje?

—Yo sí —dijo festivamente Birgit—. Lo dejé guarecido cerca de aquí. Y me quedé con las ganas de permanecer allí, pero como usted me dijo que debía estar bien a la vista...

—No previne que podía llover —se disculpó Helmutt—, ¿Señor Fair?

—También tengo una maleta. Iré a buscarla, y acompañaré a la señorita Lamarr a recoger la suya.

—De acuerdo. No se den prisa. Tenemos que contactar todavía con otras dos personas. Vuelvan dentro de cinco minutos.

Wellington y Birgit asintieron, y se alejaron, tomada ella del brazo de él. Cuando regresaron cinco minutos más tarde, había dos personas más esperando junto a Helmutt y el gigante Jakobs. Dos hombres, uno de ellos de unos cuarenta años, calvo, gordo, de mediana estatura. El otro era más alto, delgado, y llevaba barba y melena. Birgit y Wellington se quedaron mirando a este último, y ella murmuró:

—¿No es usted el prof...?

—Nada de conversaciones ahora —interrumpió Helmutt—. Nos están esperando.

No era exacto que los estuvieran esperando cuando llegaron a un punto del embarcadero, pero enseguida se acercó una lancha de color oscuro, pilotada por un hombre cubierto con un impermeable asimismo oscuro. Otro hombre parecido se encargó de que la lancha no se moviese mientras los cuatro

vendedores de recuerdos y Helmutt y Jakobs saltaban a bordo. Inmediatamente, la lancha se dirigió hacia el centro del río.

La noche había cerrado definitivamente, y la fina y fría lluvia se estaba convirtiendo en niebla. Nadie decía nada. A la derecha se veían las luces de las instalaciones portuarias, y al fondo las de la ciudad, destacando las de algunos rascacielos. No tardaron mucho en pasar ante el muelle Bonaparte, luego ante el Sas, hundido en el fondo de su esclusa. Apareció la más grande de Rogers Sluis... A la izquierda estaba la playa de Santa Ana, solitaria y sombría, como un lugar de otro mundo.

El piloto maniobraba experta y correctamente por entre el tráfico fluvial, pero de pronto la alarma cundió entre los pasajeros invitados cuando dirigió la lancha directa hacia un enorme carguero que navegaba en dirección contraria por el centro del río. No obstante, lo único que se oyó fue la exclamación de Birgit cuando la lancha viró en cerrado arco, y se colocó a estribor del carguero, cada vez más cerca.

Tan cerca que, finalmente, casi se tocaban sus cascos. La velocidad de la lancha decreció, se emparejó con la del carguero. Del costado de éste apareció el brazo de una grúa, y una gran cesta metálica de carga comenzó a descender sobre la lancha. Los cuatro invitados miraban hacia arriba fascinados y asustados. ¡Si aquella cesta de carga caía sobre ellos los aplastaría y los hundiría...!

Pero no corrieron el menor riesgo. El piloto maniobró, la lancha se apartó lo suficiente, y la cesta de carga quedó colgando junto a la pequeña embarcación. Jakobs y el ayudante del piloto pasaron a la cesta los equipajes de los invitados, y acto seguido Jakobs ayudó a Birgit a pasar a la cesta. Todos estaban tan tensos que no acertaban a pronunciar palabra alguna, mientras iban pasando de la lancha a la cesta de carga. El último en hacerlo fue Helmutt. Inmediatamente, la lancha se apartó del carguero, y la cesta comenzó a ser izada.

Birgit se tomó de una mano de Wellington.

—No me gusta esto... —susurró—. ¡No me gusta!

—A decir verdad, a mí tampoco me parece agradable. Pero me temo que ya estamos en el baile, señorita Lamarr.

La cesta se posó en la cubierta del carguero. No se veía a nadie allí, pero sí las formas de algunos hombres en la alzada cabina de mandos iluminados, y la silueta del encargado de la grúa, cuya cesta fue alzada a lo más alto del largo brazo mecánico cuando los invitados la hubieron desalojado.

Cada uno cargado con su equipaje, los cuatro vendedores de recuerdos siguieron a Helmutt y precedieron a Jakobs, que cerraba la marcha. Pasaron al interior del carguero, cuyo aspecto parecía normal en todos los sentidos. Se cruzaron con algunos marinos de rojos rostros e hirsutas pelambreras mientras recorrían un par de zonas de carga. El barco era como un gran murmullo de motores.

Nadie parecía hacerles el menor caso. Casi podían dudar de que los viesen,

a pesar de que se rozaron con algunos de los marineros. Birgit tenía la impresión de estar asistiendo, invisible, a las actividades de un barco de carga cualquiera.

Pero no estaban en un barco de carga cualquiera. En una de las zonas de carga Helmutt no siguió adelante, para cruzarla, sino que se desvió hacia la izquierda. No tuvo necesidad alguna de decirle a Jakobs lo que debía hacer: éste apartó unas cuantas cajas, dejando al descubierto el recuadro metálico de una plataforma, que descendió una vez estuvieron colocados todos en ella, accionados sus mandos por un marinero que había aparecido tras ellos, y que debió encargarse de colocar de nuevo las cajas sobre ella una vez recuperada. En el nivel inferior del carguero, todos vieron cómo la plataforma subía y se cerraba.

Todo sonido cesó entonces. Ni siquiera oyeron el rumor de los motores. Estaban entre cuatro paredes metálicas, eso era todo... Helmutt se acercó a una de ellas, apretó un botoncito que se veía a un lado, y un trozo de panel se deslizó hacia la derecha de los visitantes, volviendo a su sitio cuando éstos hubieron cruzado el hueco.

La sorpresa y el instantáneo espanto que siguió dejaron paralizados a los visitantes. Paralizados y mudos.

Ante ellos, ocupando la totalidad de una gran pieza pintada de negro excepto un pasillo en el centro, había diversidad de instrumentos y sistemas de tortura y ejecución. En primer término, como muestra informativa, había el clásico potro de tortura, o rueda. Luego, una horca, y al otro lado del pasillo una guillotina. Y una cámara de gas, toda de cristal. Y una silla eléctrica. Y un sillón preparado para aplicar la muerte por garrote vil. Y un lecho de aguzadas puntas de lanza que apuntaban hacia el techo. Y un soporte de madera en el cual se veía clavada una enorme hacha para decapitar. Y un banco sobre el cual se cernía horizontalmente una instalación de calor negro que debía asar a cualquiera que estuviera sobre el banco...

—¿Qué es todo esto? —Murmuró Wellington—, ¿Qué significa?

—Es una decoración como otra cualquiera —sonrió Helmutt, quitándose la peluca de mujer.

Su aspecto fue entonces realmente grotesco, con la mitad de la cabeza evidentemente masculina y el rostro arreglado y maquillado como el de una mujer. Especialmente el carmín resultó ahora de un rojo oscuro, sombrío..., siniestro. Helmutt se quitó las pestañas postizas, y se las tendió a Birgit, que retrocedió vivamente.

—No se asuste —rió Helmutt— es sólo un obsequio.

—No las utilizo nunca —murmuró Birgit.

—Como quiera —se las guardó en un bolsillo interior del vestido femenino Helmutt—. Bueno, sigamos: MVB nos está esperando.

—¿Quién? —preguntó el calvo gordito.

—MVB, señor Siegman. O si lo prefiere usted, Mayer Van Bercken, nuestro amado director.

—Director... ¿de qué? —preguntó el de las barbas y melenas.

—Director de todo —sonrió Helmutt—. Pero, por favor, no me hagan preguntas a mí, profesor Lanstrom. Dentro de poco estarán con MVB, y podrán hacérselas a él. Síganme, por favor, Y para evitar complicaciones será mejor que a partir de ahora todos hablemos en inglés. Cada cual deberá olvidar su lengua vernácula mientras permanezca a bordo.

Echó a andar hacia el fondo de la sala, por el centro del pasillo. Le siguieron inmediatamente Siegman y Lanstrom. Birgit se tomó de una mano de Wellington, y caminaron en silencio, seguidos por el enorme Jakobs, que no había abandonado en ningún momento su abultado maletín.

Helmutt apretó otro botoncito, y otro panel se deslizó hacia la derecha, dejando visible un largo pasillo pintado completamente de negro, incluido el techo, al que daban varias puertas pintadas de rojo. Siegman chascó la lengua Con clara expresión de disgusto. Los demás, simplemente, continuaron caminando en pos de Helmutt, que llegó al fondo del pasillo. De allí arrancaba una escalera de estructura metálica, pero acolchada completamente con skai rojo, como el de las puertas.

La escalera se retorcía formando una breve espiral que terminaba en el piso inferior cerca de una de las cuatro paredes que, como arriba, cerraban el lugar, y que por supuesto también tenía su panel corredizo, que Helmutt accionó.

Apareció otra estancia, también pintada de negro, y cuya iluminación en rojo era indirecta. Alrededor de toda la estancia había varias puertas, todas cerradas, dejando aislado lo que parecía un salón, amueblado confortablemente, según parecía, todo de color rojo. Rojo y negro por todas partes, predominando el negro.

—Aquí están nuestros invitados, MVB —dijo Helmutt.

Las miradas de todos se aguzaron. Había en el salón tantos sillones y sofás que no sabían dónde mirar.

Hasta que captaron el movimiento. Entonces, todas las miradas fueron hacia aquel lugar. Un hombre se estaba poniendo en pie ante uno de los rojos sillones. Se movía despacio. Insólitamente despacio, como si le resultara difícil accionar las articulaciones. La luz roja se reflejó en su calva cabeza, y pareció ser absorbida por su traje negro.

Desde el sillón, comenzó a caminar, siempre lentamente, hacia los recién llegados.

Y a medida que se acercaba, a medida que iban viéndolo mejor, los vendedores de recuerdos iban sintiendo más y más intenso aquel lento escalofrío que nacía en sus nucas y terminaba en los pies.

Finalmente, Mayer Van Bercken, o MVB, se detuvo ante, ellos con lento gesto.

Su cabeza era metálica, y no había en ella ni boca, ni nariz, ni orejas. Solamente los ojos..., que ni siquiera eran ojos, sino los objetivos de dos cámaras de televisión.

Su voz brotó de la parte inferior de la barbilla, entre ésta y el cuello, donde

ahora se podía ver una pequeña rejilla igualmente metálica.

—Las presentaciones, Helmutt —sonó la voz metálica, vibrante.

—Enseguida, MVB. El señor Wellington Fair, secretario del jefe del Almirantazgo británico, lord Sinclair. El eminente cirujano Karl Siegman. El profesor en Macroenergía Electrónica Udo Lanstrom. Y la señorita Birgit Lamarr, una de las más... hábiles periodistas del continente, muy bien relacionada.

A medida que Helmutt iba haciendo las presentaciones se oía un leve zumbido en les ojos de MVB, que parecían iluminarse un instante. Tras la presentación de Birgit, las cámaras cesaron de funcionar.

Helmutt dijo entonces:

—Les presento a nuestro director, Mayer Van Bercken.

—Por el amor de Dios... —exclamó Birgit, en alemán—. ¡Pero si es un robot!

CAPITULO IV

Mayer Van Bercken, por supuesto, permaneció impávido, pero Helmutt, mirando a Birgit, regañó amablemente:

—Le dije que todos debíamos hablar en inglés, señorita Lamarr.

—Sí, lo... lo siento, pero... Bueno...

—En inglés o en alemán —dijo Wellington, señalando a Mayer Van Bercken— eso es un robot.

—Es cierto —dijo entonces MVB—, soy un robot, pero mucho más inteligente que todos ustedes juntos. Por lo tanto, deben considerar como un honor y un gran privilegio que les haya recibido. Y a fin de cuentas, señor Fair, de su estancia aquí, y de su relación conmigo, usted sólo puede esperar beneficios. Tengo la certeza de que mi fiel Helmutt ya les habló a todos ustedes sobre eso.

—Lo hice, en efecto, MVB —dijo Helmutt.

—¿Puedo hablar? —pidió el profesor Lanstrom, alzando un dedo flaco y huesudo.

—Por supuesto, profesor —autorizó MVB.

—Gracias. Mire, yo soy especialista en Macroenergía Electrónica, como ya saben ahora todos. Como tal, admiro la obra que representa la creación de un robot como usted. Sin embargo, todos sabemos que cualquier... artefacto mecánico o electrónico actúa bajo órdenes humanas, bajo la dirección humana. Así pues: ¿quién le está controlando a usted, MVB? ¿Desde dónde y cómo?

Se oyó la risa metálica de MVB antes de que éste diese la explicación.

—Me están controlando y dirigiendo todos los que, como ustedes, han venido aquí a venderme sus recuerdos. Y lo hacen desde dentro de mí, por medio de una computadora miniaturizada.

—¿Quiere decir... que usted es absolutamente autónomo, que no tiene conexión con mandos externos, que está conversando con nosotros por sí mismo... utilizando lo que ha aprendido de sus anteriores vendedores de recuerdos?

—Efectivamente —asintió MVB.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¡Vamos...! Significaría que usted, con el tiempo, sería algo así como la suma de todas las personas que le hubieran vendido sus recuerdos. Es decir, que podría llegar a saber todo lo que sabe' el señor Fair, la señorita Lamarr, el doctor Siegman y yo mismo. Y claro está, todo lo que ha aprendido de otras muchas personas.

—Su exposición es absolutamente correcta, profesor. Y esa es precisamente la idea: convertirme en el cerebro supertalento del mundo. ¿No le parece admirable?

—Mucho —sonrió irónicamente Lanstrom—. Pero dígame: ¿quién lo construyó a usted?

—Un equipo de personas sumamente inteligentes y científica y técnicamente muy bien preparadas.

—De acuerdo. Eso es más razonable. Y a mí me gustaría conversar con esas personas.

—No le serviría a usted de nada: ahora trabajan para mí.

—¿Sus creadores trabajan ahora para usted? —Exclamó Lanstrom—. ¡Vamos, no diga tonterías!

—¿Le parece una tontería? Entonces se lo diré de esta manera: ellos fueron mis primeros vendedores de recuerdos. Para prepararme inicialmente, me contaron sus vidas y todos sus conocimientos. El éxito fue asombroso. Y como lógica consecuencia, yo me convertí, por el momento, en la suma de todas esas personas que me habían creado. Es decir, que pasé a tener la inteligencia y el talento de todas ellas sumado. Era, pues, superior a ellos, así que no tenía objeto que fuesen ellos, quienes me dirigieran a mí, y pasé a ser yo el director de todos ellos. Posteriormente, y a medida que he ido comprando recuerdos, mi corazón-computadora ha adquirido más y más talento y ansias de saber. Por eso, profesor Lanstrom, compro recuerdos. De toda clase. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque aspiro a lo máximo. Es decir, a convertirme en un ser humano cuando haya adquirido sensaciones humanas: emociones de toda clase, conocimientos, reacciones... ¡El más perfecto ser de toda la Creación!

El doctor Siegman estaba estupefacto, y no se quedaban muy atrás Wellington y Birgit. Pero el profesor Lanstrom tenía mucha más base científica que ellos, así que masculló:

—No he venido aquí a que me tomen el pelo...

—Claro que no —cortó MVB—. Usted ha venido aquí porque Helmutt le garantizó que el pago por sus recuerdos sería el Premio Nobel de Física, para dentro de un par de años. ¿Cierto?

—Sí. Pero no creo...

—¿No lo cree usted posible? ¿No cree posible que yo le prepare a usted para conseguir ese Premio Nobel?

—Ya estoy harto de tonterías —rechazó Lanstrom—. Mire, lo único que necesito yo para dominarlo a usted es un destornillador.

—Inténtelo —dijo MVB.

—Denme un destornillador y lo verá.

—¿Le sirve una navaja? —rió Jakobs.

La sacó del bolsillo, la abrió, y se la tendió a Lanstrom. Este vaciló, pero sólo un instante. Tomó el arma y dio un paso hacia Mayer Van Bercken.

Este alzó un brazo que apuntó a Lanstrom. Del dedo corazón de la metálica mano brotó un rayo azulado, que pareció hundirse en el pecho del profesor. Este se detuvo en seco. Su rostro adquirió una coloración azul, sus ojos

parecieron convertirse en bolas de vidrio. Dejó caer la navaja, y acto seguido, muy despacio, cayó hacia atrás, rígido completamente. Cuando rebotó en el suelo pareció talmente una barra metálica.

—Santo Dios... —jadeó el doctor Siegman—. ¡Lo ha matado!

—Claro que no —rechazó MVB—. Sólo ha recibido una pequeña lección. Puede usted examinarlo, y comprobará que sigue vivo. No soy tan estúpido como para eliminar a un futuro alimentador de mis poderes.

Siegman se arrodilló junto a Lanstrom, y comprobó que, en efecto, el científico se hallaba con vida, si bien parecía rígido y persistía en su rostro la coloración azul.

—¿Satisfecho, doctor Siegman? —preguntó MVB.

Siegman asintió, en silencio. Jakobs había recogido su navaja, y la estaba guardando. Helmutt parecía de lo más feliz: En cuanto a Wellington y Birgit, ella agarrada a un brazo de él, permanecían inmóviles, como incapaces de reaccionar en modo alguno.

—Muy bien —dijo MVB—. Por hoy es suficiente para que ustedes sepan a qué atenerse...

—¿Puedo yo también preguntar algo? —murmuró Birgit.

—Naturalmente, señorita Lamarr. Adelante.

—¿Para qué desea usted convertirse en el cerebro supertalento del mundo? ¿Cuál es su objetivo final?.

—Creo haber contestado antes a esa pregunta, más o menos, señorita Lamarr: aspiro a lo máximo, a convertirme en un ser humano, el más perfecto de toda la Creación.

—Usted sabe que eso es imposible. Aunque llegara a albergar en su... mente-computadora todos los conocimientos del mundo seguiría siendo un robot.

—Usted no está preparada para discutir esto conmigo.

—Tal vez no. Pero podría usted concederme ese favor. Al fin y al cabo, soy periodista. ¿No sería usted tan amable de concederme una entrevista para un reportaje?

Jakobs lanzó una exclamación. Helmutt había dejado de sonreír, y miraba atónito a Birgit. La reacción de MVB sorprendió a todos: se echó a reír.

—¡Admirable idea, señorita Lamarr! —exclamó—. Es usted una persona ingeniosa y decidida... ¡Me gusta! Me gusta usted y me gusta la idea, pero me temo que tendremos que aplazar ese reportaje. Fíjese que digo aplazar, lo que significa que, en el momento oportuno lo realizaremos... ¡Estupenda idea! ¿Desea usted algo de mí?

—Salvo el reportaje —sonrió Birgit—, no veo qué más podría usted ofrecerme.

Mayer Van Bercken se echó a reír de nuevo. Sus «ojos», fijos en Birgit Lamarr, volvieron a funcionar, absorbiendo imágenes de ésta. Luego, despacio, se volvió de espaldas a sus invitados, y regresó al sillón que había estado ocupando antes. Se sentó, y todo quedó en silencio.

—Esto es todo —murmuró Helmutt—. Les acompañaré a sus habitaciones, para que se acomoden a su gusto. La cena es a las ocho en punto, de modo que sería conveniente que todos se reunieran unos minutos antes en el salón-comedor, para ser presentados al resto de los invitados, mientras toman un aperitivo antes de cenar.

* * *

En realidad, la mayoría de las presentaciones eran innecesarias.

Por ejemplo, todos conocían al ministro francés Jean Charrel, a la actriz británica Mabel Copperfield, al modisto francés de fama mundial Louis Vaille, y al novelista americano Peter Roberts... Había también un famoso prestidigitador suizo llamado Henins, y un erguido y apuesto joven italiano apellidado Sanpietro que tenía todo el aire de un militar, y un importante pero hasta el momento desconocido agente de Bolsa de Londres, y un silencioso y circunspecto diplomático ruso apellidado Krasvili, y un catedrático de Historia español llamado Luis Olmedo...

Las presentaciones, a cargo de Helmutt, fueron efectuadas con un aire de simpatía e informalidad, yendo de un lado a otro y dejando que, en la mayoría de los casos, los recién incorporados se las fueran arreglando prácticamente solos.

Birgit se sintió interesada, quizá por afinidad profesional, por el novelista Peter Roberts, que era un sujeto alto, huesudo, vestido con cierto desaliño; debía tener algo más de cuarenta años, y era miope, como evidenciaban sus gafas de gruesos cristales, tras los que brillaban sus empequeñecidos ojos oscuros e inquisitivos.

—Leí su última novela... —dijo Birgit, aceptando el cigarrillo que le tendía el escritor americano—. Gracias.

—¿Le gustó? —preguntó Roberts, ofreciéndole la llama de su encendedor.

—No demasiado —sonrió Birgit—. Tal vez sea emocionante, pero carece de su habitual valor literario. Ha escrito usted libros mejores..., y es de esperar que pronto escriba uno muy interesante.

—¿Qué quiere decir? —sonrió de lado Roberts.

—Bueno, yo diría que una situación como ésta se presta a ser... novelada, señor Roberts.

—Es usted muy perspicaz —murmuró el novelista—. Y muy sincera. Realmente, mi último libro no acabó de gustarme, pero uno tiene a veces compromisos que no puede soslayar.

—Creo que le entiendo: su editor está convencido de que el público de usted espera una novela cada año, y usted ha de escribirla tenga o no tenga un tema digno de su talento.

—Es una definición bastante exacta de la situación. Pero eso no volverá a suceder.

—Debo entender que ha encontrado ese tema digno de su talento, claro.

¿No es algo verdaderamente chocante todo esto? Por lo que he entendido, Mayer Van Bercken espera asimilar el talento literario de usted. ¿Lo cree posible?

—No lo sé. Pero lo seguro es que no podrá asimilar la belleza de usted —sonrió Roberts,

Birgit soltó una carcajada, un poco más allá, Wellington se volvió a mirarla, y luego continuó conversando con la actriz Mabel Copperfield, que le contemplaba con sumo interés, muy alzada la cabeza, pues era menudita. Y no demasiado atractiva, aunque sí tenía un rostro vivo y unos grandes ojos azules muy expresivos. Debía tener unos cuarenta años, y considerando su aspecto físico no había más remedio que comprender que su fama se cimentaba exclusivamente en su talento interpretativo.

—Una hermosa muchacha —dijo ella, cuando Wellington le dedicó de nuevo su atención.

—Sí, lo es.

—Usted también es hermoso —chispearon divertidos los ojos de Mabel Copperfield—, aunque quizá demasiado serio, señor Fair. Tan serio, que posiblemente sea el hombre más adecuado para la señorita Lamarr.

—¿Lo cree así realmente?

—¡Por supuesto! Digamos que ella necesita alguien que la controle un poco en su exceso de vitalidad, y usted necesita alguien que le arranque una sonrisa de cuando en cuando.

—Tal vez tenga razón. Dígame, miss Copperfield: ¿Ha proporcionado usted ya muchos recuerdos a MVB?

—Algunos... —se ensombreció un instante el rostro de la actriz—. Algunos.

—Eso significa que lleva poco tiempo aquí.

—Sólo unos días. De todos modos, no es el tiempo lo que ha determinado la cantidad y calidad de recuerdos... vendidos. Hay recuerdos que no pueden venderse, señor Fair. Ni siquiera ser contados a otras personas.

—Me parece que a MVB no le gustaría escuchar eso. Lógicamente, deben ser esa clase de recuerdos los que él quiere escuchar, no cosas... vulgares, o cuando menos corrientes. ¿Cuál es el procedimiento? ¿Se sientan ustedes a charlar con él?

—Me parece que no se está tomando esto muy en serio.

—Es lógico, ¿no? Usted conoce a MVB, y sin duda él le ha dicho lo que pretende conseguir. ¿Le parece mínimamente razonable, cree posible que un robot viva independientemente y con... los atributos de un ser humano?

—No lo sé.

—¡Vamos, miss Copperfield...! Tiene que haber otra cosa detrás de todo esto, y usted ya debe haberlo comprendido. ¿Qué se le ocurre al respecto?

—Creo que voy a conversar un poco con el diplomático ruso. Es un hombre poco hablador, señor Fair.

Mabel Copperfield se alejó de Wellington, que se quedó mirando la copa

de aperitivo que tenía en la mano. Birgit apareció junto a él.

—Somos una galería de personajes interesantes, ¿no está de acuerdo, señor Fair?

—Unos más y otros menos —asintió Wellington—, pero sí, yo diría que somos galería de interesantes personajes. ¿Qué se cuenta el gran novelista?

—Es un hombre inteligente y observador..., pero no cuenta nada digno de interés. Quiero decir, de interés para mí, aunque cabe suponer que sí habrá contado o contará cosas interesantes a nuestro anfitrión Mayer Van Bercken.

—Cabe suponerlo —asintió Wellington.

—¿Le gusta su habitación, señor Fair?

—Supongo que es más o menos como la suya, ¿no? —la miró Wellington atentamente—. Algo así como una caja de bombones tapizada de rojo y negro.

—¿Una caja de bombones? —alzó las cejas Birgit—, La verdad es que a mí me recuerda más un... ataúd gigante.

—Vaya ocurrencia... ¿Por qué dice eso?

—¿De cuántas toneladas calcula usted que es este carguero?

—No sé... Es un barco enorme, desde luego. ¿Qué interés tiene eso?

—Parece como si toda la parte inferior del barco estuviese destinada a residencia de MVB y sus invitados. Considerando esto, y que como mínimo hay dos niveles, tenemos algo así como un enorme edificio construido horizontalmente, y donde hay de todo. Cualquiera podría perderse por aquí abajo, con tantos pasillos, salones, habitaciones... Y lo que menos me gusta, como le decía, son las habitaciones. No tienen más comunicación con el exterior que la puerta y la rejilla de renovación de aire. Si una y otra dejasen de funcionar, cada habitación se convertiría en un ataúd. No se lo diga a nadie, señor Fair, pero me gustaría muchísimo saber qué es lo que hay exactamente dentro de este barco.

—Me parece que ya lo sabemos, ¿no?

—Sabemos una parte nada más. Incluso ignoramos el nombre de este barco tan enorme. Si estuviera decorado menos... siniestramente creería uno hallarse en uno de esos trasatlánticos con piscina, cine, sección comercial, y cientos de camarotes. Pero así... Parece una colmena oscura donde las abejas van zumbando sin saber hacia dónde ni por qué.

—Sus puntos de vista son muy interesantes, señorita Lamarr.

—Señorita Lamarr, señor Fair, señorita Lamarr, señor Fair... —refunfuñó la muchacha—. ¿No le parecería agradable que prescindiéramos de tanta ceremonia, Wellington?

—Encantado. ¿Le parece que cenemos juntos?

—A decir verdad —rió Birgit— preferiría que durmiésemos juntos. ¿Se sentiría usted molesto?

—No lo sé.

—Es usted chocante, ¿sabe? Estoy segura de que cualquier ocupante de este barco se habría sentido encantado con mi ofrecimiento.

—¿Incluso MVB?

Birgit se echó a reír. En aquel momento comenzaron a aparecer los primeros camareros encargados de servir la cena, y Helmutt sugirió amablemente a todos que ocuparan sus puestos a la enorme mesa colocada en el centro del enorme salón-comedor negro y rojo. —Soy un hombre muy curioso, aunque no lo parezca —dijo Wellington—; así que me gustaría mucho cenar junto a personas totalmente desconocidas por mí. Procuraré sentarme entre dos de ellas, para conversar largo y tendido.

—Supongo que no tengo más remedio que hacer lo mismo —suspiró Birgit—. Bueno, ya nos iremos viendo.

CAPITULO V

Despertó de pronto.

Quedó inmóvil en el lecho, escuchando. No tenía ni idea de la hora que era. A su alrededor todo era oscuridad absoluta. .. Sí, era como estar en un gran ataúd confortable. Apenas se oía el zumbido del renovador de aire ultraperfeccionado, al que por otra parte ya se había acostumbrado. Así que no era ningún ruido procedente de ese sistema el que la había despertado.

Se sentó en la cama, deslizando la sábana hacia un lado. Dormía completamente desnuda, pero no fue esto lo que le produjo la sensación de frío, aquel largo y lento escalofrío desde la nuca a la cintura.

La puerta.

El ruidito había sonado en la puerta. De pronto, ésta comenzó a abrirse, lentamente, y un resplandor rojizo tan oscuro que resultaba tenebroso llegó desde el pasillo al que daban las habitaciones.

En el umbral se recortó una silueta que Birgit reconoció en el acto: Mayer Van Bercken. La periodista se tendió de nuevo, cubriéndose con la sábana hasta poco más arriba de la cintura. Quedó un poco de costado, pero viendo la puerta y a su visitante..., mientras de nuevo sentía en la espalda aquella especie de arañazo helado.

Los pasos de MVB sonaban sordamente mientras se acercaba muy despacio al lecho. Se detuvo junto a éste. Ahora Birgit oía el suave zumbido de sus «ojos». Es decir, que la estaba «mirando». Pero, ¿realmente podía verla, en la oscuridad? Desde el pasillo llegaba solamente aquel leve resplandor tenebroso...

Durante más de un minuto, Mayer Van Bercken permaneció inmóvil junto al lecho, siempre emitiendo el suave zumbido de sus ojos en funcionamiento. Birgit permanecía inmóvil, sintiéndose agarrotada.

Fue terrible el esfuerzo que tuvo que hacer para no gritar cuando de pronto MVB se inclinó hacia ella, adelantando ambas manos metálicas, que se posaron sobre los senos de la periodista. El intenso frío de aquellos trozos de metal penetró en la carne de Birgit, estremeciéndola ahora fuertemente.

—¿Estás despierta? —preguntó el robot.

Estuvo a punto de no contestar, pero sabía que no podía engañar a la máquina que la estaba mirando. Se removió un poco, simulando despertar en aquel momento.

—¿Qué...? ¡Oh! —Se sentó en la cama de un salto, alejando su cuerpo de aquellas manos—. ¿Qué... qué pasa...?

—Soy yo, no te asustes... —sonó la metálica voz—. No quiero que te asustes.

—Bu-bueno, yo... yo-yo... ¿Qué quiere, qué pasa?

—He venido a hacer el amor contigo.

Birgit quedó de pronto como insensibilizada, como embotada. ¿Qué había

dicho MVB? Reaccionó de pronto, giró, y encendió la lamparita de la mesa de noche. Por supuesto, la luz era roja, pero más que suficiente para verlo todo bien.

Y lo vio todo muy bien cuando se volvió de nuevo hacia el robot. Un grito de incredulidad y de espanto quedó ahogado en la garganta de la hermosa periodista cuando vio «aquello». MVB llevaba el pantalón abierto, y por la abertura aparecía el enorme miembro, por supuesto metálico, pero imitando perfectamente los atributos humanos masculinos.

Sin poder contenerse, Birgit saltó de la cama por el otro lado, dejándola entre ella y Mayer Van Bercken, que tendió los brazos.

—Ven —dijo—. No huyas de mí. Vamos a hacer el amor.

Birgit no contestó. Miró hacia la puerta con expresión desorbitada. Pero comprendió que la huida era inútil. Imposible. Tragó saliva, y volvió a mirar al robot. De pronto, se sintió increíblemente serena.

—No —dijo—. No vamos a hacer nada, MVB.

—Sí, lo haremos. Te amo.

—Vamos, no diga tonterías. Las máquinas no aman.

—Te amo. Te deseo. Quiero disfrutar del placer de tu hermoso cuerpo. Y tú disfrutarás de mi magnífica virilidad. Mírala bien. ¿No te parece magnífica y hermosa?

—Es sólo un artefacto metálico.

—Es un miembro humano. Tiéndete en la cama y recíbeme.

—No pienso hacerlo. ¡No lo haré aunque me mate!

—¿Significa eso que no me amas?

—Significa que no pienso entregar mi cuerpo a un robot.

—Pero... ¿crees que podrías llegar a amarme?

La situación era terrible, y, por supuesto, absurda. Pero Birgit Lamarr siguió el juego lo mejor que se le ocurrió.

—Todavía no —replicó—. Aunque quizá con el tiempo podría llegar a amarle, Mayer.

El robot se echó a reír. Las carcajadas sonaban como crujidos metálicos. Una mano de MVB bajó, toco el miembro, y éste se plegó en el acto, con un chasquido, desapareciendo. Sin dejar de reír el robot se dirigió hacia la puerta, salió, y cerró. Birgit se dejó caer sentada en el borde del lecho, y se pasó una mano por la frente. Afuera, MVB había dejado de reír. Ya no se oía nada.

Birgit permaneció sentada casi dos minutos. Se sentía como alucinada. ¿Qué habría pasado si ella hubiera aceptado? ¿Qué terroríficas sensaciones habría recibido? ¿Y qué sensaciones habría experimentado MVB? Es decir: ¿de algún modo el robot habría... recogido sensaciones que habría enviado a otro lugar?

«Por Dios, todo esto es una locura», pensó Birgit.

Se puso en pie, sacó del armario unos pantalones y un jersey, y se vistió rápidamente. Se puso luego las zapatillas de noche, y se acercó a la puerta, tras la cual estuvo escuchando otro minuto largo. Nada. Silencio.

Abrió la puerta, salió al pasillo, y la cerró. Se fue directa, s:n vacilaciones, hacia la puerta de la habitación de Wellington Fair, la empujó, y entró. Cerró, y, sin encender la luz, fue hacia la cama. Tendió los brazos en busca del cuerpo de Wellington Fair.

—Soy yo —susurró—. He tenido...

No había nadie en la cama. Birgit la palpó en toda su extensión, en vano. Luego se irguió vivamente, fue hacia la puerta, y tras abrirla miró en todo el dormitorio aprovechando aquella tenebrosa luz rojiza. El no estaba allí, en parte alguna.

Salió, cerró, y miró a ambos lados del pasillo antes de decidirse a ir hacia un extremo. Era como caminar por un tubo cuadrangular al rojo vivo.

Llegó al extremo del pasillo, abrió la puerta, y salió a una estancia cuadrada, a la que daban varias puertas. Sí, era un carguero enorme, su mole la había impresionado cuando pareció que la lancha iba a colisionar con él.

Recorrió un pasillo, luego otro que formaba ángulo... Comprendió que estaba dando vueltas. Todos los pasillos y todas las paredes y todas las puertas parecían iguales, y no tenía dato alguno para orientarse. Lo más sensato habría sido permanecer en su habitación, o quizá quedarse en la de él esperándolo. Pero... ¿y si MVB volvía? La idea ponía repeluznos en todo el cuerpo. Aunque de todos modos, si encontraba finalmente a Wellington, ¿qué harían?

Se encontró de pronto, al empujar una puerta más, en la gran sala destinada a sistemas de ejecución. No se oía nada. ¿Quizá Wellington había llegado hasta allí, y, sabiendo que estaban cerca de la subida al nivel superior, estaba buscando el medio de accionar el montacargas...?

Caminó rápidamente hacia donde estaba el potro de tortura, es decir, hacia la salida. A la luz rojiza todo era escalofriantemente siniestro. La soga que pendía de la horca permanecía inmóvil, parecía metálica. El lazo corredizo parecía ávido de un cuello...

Pasó junto a la guillotina, en cuya parte superior estaba la enorme y afilada cuchilla. Birgit la miró..., es decir, quiso mirarla, pero la hoja no estaba allí. No estaba arriba.

No estaba arriba.

De arriba pendía la cuerda, tensa ahora. La mirada de Birgit descendió lentamente por la cuerda, mirando también las engrasadas guías de la cuchilla.

Llegó abajo.

La cuchilla estaba allí.

A Un lado se veía un cuerpo.

Al otro lado de la cuchilla estaba la cesta, y dentro de ésta, medio sumergida en una gran cantidad de sangre, estaba la cabeza.

Había quedado apoyada en la nuca, y los desorbitados ojos parecían mirar a Birgit, que sintió que la sangre se helaba en su cuerpo. Se quedó paralizada por el más puro espanto de su vida, pálido el rostro desencajado. Era como si estuviese viendo algo que había sucedido en algún otro momento de su vida,

en un momento lejano que ya no podía afectarla, que no podía hacerla reaccionar. Y mientras tanto, los desorbitados ojos de Mabel Copperfield seguían contemplándola.

Los ojos de Birgit se movieron por fin, hacia el menudo cuerpo femenino del otro lado de la cuchilla. Luego, volvieron hacia la cabeza. Se posaron en la juntura de la guillotina y la base para el corte. La sangre había salpicado a todos lados, en un chorro espantoso.

Por fin, Birgit pudo reaccionar. Retrocedió un paso. Y entonces, todo se desencadenó en su interior. Sintió el zumbido en la cabeza, el frío intenso en todo el cuerpo, las terribles náuseas... Se volvió y comenzó a vomitar, entre estremecidos sollozos incontenibles. No podía evitarlo, no podía contenerse. Ni ella ni nadie... ¡Ni ella ni nadie habría podido contenerse!

Cuando se repuso lo suficiente se irguió, y se pasó una manga del jersey por la boca, cuyo amargo sabor era repugnante. Tenía el cuerpo frío de sudor, y todavía le zumbaban los oídos.

Cuando, de pronto, notó en su hombro izquierdo el peso de una mano, no pudo contenerse. Se volvió de un salto, y su boca se abrió para emitir el tremolante alarido..., que quedó ahogado en su garganta, hinchándola, cuando la mano de Wellington Fair se posó sobre su boca fuertemente.

Quedaron los dos inmóviles, ella mirándole con ojos saltones.

—Tenemos que volver... —susurró él—. No encuentro el modo de salir de aquí.

Retiró la mano lentamente, la abrazó por la cintura, y la condujo hacia la puerta que daba al pasillo del fondo. Birgit caminaba con la sensación de que era una sonámbula, pero se repuso rápidamente. Caminaban en completo silencio, pues Wellington iba descalzo, y ella llevaba las zapatillas de dormitorio. Recorrieron un pasillo, luego otro. Seguramente, también Wellington se desorientaba en aquel lugar todo igual...

De pronto, oyeron un sonido cerca de ellos, por delante, y una puerta se abrió. Wellington giró rápidamente, empujó una puerta, y entró, sin soltar a Birgit. Cerró la puerta. Los dos oyeron voces amortiguadas en el pasillo. Las voces se alejaron. Silencio.

—Creo que era Jakobs —murmuró Wellington.

Abrió la puerta y se asomó al pasillo. Birgit salió tras él, y continuaron pasillo adelante. Wellington ni se había molestado en mirar en qué dependencia se habían escondido porque tenía otra intención. Y la cumplió. Se detuvo ante la puerta de la cual habían salido Jakobs y uno o dos hombres más, la empujó y echó un rápido vistazo.

La iluminación era la misma que en todas partes, roja y siniestra.

Pero allí todo era especialmente siniestro.

En aquella habitación había varios sillones, todos encarados hacia una de las paredes, en la que había varias estanterías de color negro, y en las cuales se veían objetos esféricos... Wellington entró, seguido de Birgit, y se acercó a las estanterías. Junto a él en todo momento, Birgit se llevó las manos a la boca

al ver lo que eran aquellos objetos esféricos.

Eran cabezas humanas.

Por un momento, uno y otro pensaron que eran esculturas, pero comprendieron que no era así al ver una de las cabezas, que identificaron tras un instante de estupor: era la cabeza de la cantante de ópera María Pavese.

—Dios mío... —jadeó Birgit—. ¡Dios mío!

La mirada de Wellington Fair se desplazaba de un lado a otro, observando las otras cabezas, cuyas facciones iban identificando. Todas las cabezas eran de personajes bien conocidos, famosos por un motivo u otro.

Birgit tiró de la mano de Wellington, y se dirigieron hacia la puerta. Afuera, en el pasillo, sonó una voz masculina. Birgit y Wellington se miraron. Enseguida, él señaló hacia los sillones, y corrieron hacia allí silenciosamente, escondiéndose cada uno tras un sillón, que tuvieron que mover un poco. Las voces sonaban ahora justo delante de la puerta, que se abrió al poco. Tanto Wellington como Birgit habían identificado ya la voz de Helmutt, que ahora preguntaba:

—¿Ha ido Jakobs a por la actriz?

—Sí. Volverá enseguida... Si seguimos así, llegará el momento en que no cabrán más cabezas en esas estanterías.

—Colocaremos otras... —dijo tranquilamente Helmutt—. Pero sería mejor no encontrar tantos personajes reacios. Sus cabezas no nos sirven de nada, y en cambio, ellos sí serán útiles en sus cargos.

—Sí, pero siempre encontraremos algunos que se negarán a aceptarlo todo, o a contamos todos sus recuerdos.

—Peor para ellos: sus cabezas serán cortadas. ¿Tienes un cigarrillo?

Helmutt y su acompañante encendieron sendos cigarrillos, y se sentaron en dos sillones. Muy cerca de ellos, Wellington y Birgit permanecían inmóviles. Jakobs y otros dos hombres regresaron cuando estaban terminando de fumar Helmutt y el otro, cambiando apenas unas palabras sin importancia.

—¡Tenias que haber visto cómo cayó su cabeza! —entró diciendo Jakobs, riendo—. ¡Fue portentoso! Aunque la verdad es que disfruté más cuando se la corté a la Pavese dentro del coche. ¡Aquello sí fue emocionante!

—Estaba ocupado —gruñó Helmutt—, Y yo no disfruto tanto como tú con estas cosas.

—¡Pues hay muchos que disfrutan! Oye, Helmutt, tendría que pasar por la enfermería para coser el cuello de la Copperfield: gotea demasiado.

—De acuerdo. Bien, sólo quería saber si ya estaba hecho. Termina con ella, colócala ahí, y por hoy hemos terminado.

—Era una mujer terca, ¿verdad? —Dijo Jakobs—. No debió rehusar las exigencias de MVB.

—Los demás preguntarán por ella mañana —dijo otra voz.

—Les diremos lo de siempre: que miss Copperfield ya ha realizado la total venta de sus recuerdos, y que ha sido desembarcada durante la noche. Es claro que luego, los que vuelvan al exterior, no tarden en enterarse de que tal o cual

persona ha desaparecido, pero eso les hace comprender que es mejor no echarse atrás en el convenio. Bien, yo me voy a acostar. Es tardísimo.

En pocos segundos, todos salieron de la habitación. Birgit y Wellington esperaron todavía un par de minutos antes de hacer lo mismo. Por supuesto, Helmutt y los otros debían tener alguna señalización en los pasillos que les impedía desorientarse, pero ni Birgit ni Wellington pudieron localizarlas, así que tardaron más de cinco minutos en encontrar sus habitaciones, tras perderse un par de veces.

Sin comentario alguno, simplemente, Birgit entró con Wellington en la habitación de éste, que encendió la luz, y dijo:

—Sería mejor que volvieras a tu habitación.

—No pienso hacerlo —negó ella—: le dije a Helmutt que te seduciría, y pienso conseguirlo..., aunque no hoy. ¡Por Dios, todo esto es espantoso! Hay... hay algo tan siniestro en todo esto que... que me tiemblan los huesos... ¡Y lo de MVB!

—¿A qué te refieres?

—Vino antes a mi habitación, dispuesto a hacer el amor conmigo. Tiene... tenía... Bueno, mostraba un... falo metálico que luego se... se recogió como... como un telescopio...

Wellington la contemplaba entre atónito y enojado.

—Supongo que estás hablando en serio —masculló, por fin—. Bueno, ¿y qué pasó?

—Conseguí que no... cumpliera sus deseos... ¡Pero sé que volverá a intentarlo! Creo... que se estaba divirtiendo a mi costa, pero sea para burlarse de mí o por otro motivo, sé que volverá a exigírmelo.

—¿Qué harás entonces?

—¡Dios mío, no lo sé! Es decir... Bueno, ya hemos entendido muy bien lo que les sucede a quienes se niegan a las disposiciones de MVB, ¿no es cierto?

—De modo que harás el amor con un robot.

—¡No lo sé! ¡Lo único que sé es que no quiero morir, como le ha ocurrido a Mabel Copperfield! ¡Ojalá nunca hubiera aceptado las proposiciones de Helmutt! Pero me... me pareció todo tan... tan disparatadamente divertido... Bueno, y estaba eso de seducirte, a ver si eres o no homosexual... ¡Ojalá nunca hubiera venido aquí!

—Lo mismo pensé yo antes, durante la cena. No sé, capté algo que no me gustó nada... Y todo eso del robot... No sé si estamos entre locos o algo peor. Por si acaso, fui a ver si encontraba la salida. Me habría tirado de cabeza al río con tal de alejarme de este barco, pero no hay modo de salir, que yo sepa.

—O sea, que estamos en sus manos.

—Eso parece. Y si quieres un buen consejo, sé dócil y obediente, Birgit. En lo que a mí respecta, he decidido ponerme de parte de ellos, se trate de lo que se trate. Pero no creas que se trata solamente de engañarlos hasta salir del barco, no: aceptaré lo que sea, y lo cumpliré, porque de lo contrarió, tarde o temprano, me matarían, ya fuese en Londres o en cualquier otro sitio. Nos

hemos metido en un lío del que me parece que no va a ser fácil salir. Y por otra parte, entre morir o llegar a ser algún día jefe del Almirantazgo, que es lo que Helmutt me ha ofrecido, no creo que puedan existir muchas dudas, ¿verdad?

—No... No, claro. ¡Pero yo tendré que hacer el amor con un robot!

—Es sólo cuestión de valorar si lo que te han ofrecido vale la pena. Y sobre todo, piénsalo bien: o te pones incondicionalmente de su parte, o...

Wellington Fair no terminó la frase, limitándose a pasarse un dedo por la garganta, horizontalmente. Birgit se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—¿Te molesta que pase la noche contigo?

—Si se trata de dormir solamente, por mí puedes quedarte. Pero nada de sexo, ¿entiendes? MVB podría resultar muy celoso, y se enfadaría mucho conmigo.

—No tiene por qué enterarse —intentó sonreír Birgit.

—Haz el favor de no complicarme la vida más de lo que ya lo está. Y además, no creo que mentalmente estés en condiciones de esas cosas, después de lo que has visto.

—No... Tienes razón. Ha sido todo tan horrible que aún me parece que no es real, que ha sido todo una pesadilla. No podría hacer el amor, desde luego, pero tú eres un hombre extraño, Wellington. O quizá todo se reduzca a que, simplemente, no te gusto.

—Voy a decirte una cosa, jovencita: no sólo me gustas, sino que estoy enamorado de ti, desde que te vi en la recepción hace unas semanas.

—No puedo creerlo... —se pasmó Birgit—. ¡No puedo creerlo! Estás enamorado de mí... ¿y me trataste de aquel modo en París..., y piensas permitir que un robot haga el amor conmigo? ¡Y me estás rechazando esta noche, Wellington?

—¿Eres virgen? —preguntó él.

—Oh, vamos...

—No, ¿verdad? Pues entonces, ¿qué más da que lo hagas también con un robot?

—¡Eso que dices es... es odioso!

—Tal vez —admitió él—, pero nos permitirá a los dos seguir viviendo. Y una vez fuera de aquí, espero que MVB no tenga inconveniente en que nosotros nos relacionemos.

—¿Y mientras tanto tengo que ser la amante, de un robot?

—O perder la cabeza.

—Dios mío... Eres... ¡eres frío como... como un témpano! ¡Ni siquiera puedo creer que seas capaz de enamorarte!

Wellington Fair frunció el ceño. Luego, despacio, abrazó a Birgit Lamarr por la cintura, la atrajo, y la besó en los labios, breve y suavemente.

—Muy bien, bella Birgit, amor mío —susurró—: vamos a hacer el amor esta noche, y mañana, cuando nos corten la cabeza, moriremos dichosos. Al menos, yo, que te amo de verdad. Y la pregunta es: ¿me amas tú también, o

para ti todo esto es... un juego divertido?

—Me parece que también te amo —sonrió Birgit.

—Estupendo. Amémonos, pues.

Wellington Fair asió el jersey de Birgit por el borde inferior y tiró hacia arriba, quitándoselo, sin que ella opusiera resistencia. Se abrazó al cuello de él cuando Wellington se inclinó y comenzó a besar sus senos. El subió por el pecho, la garganta, y llegó a la boca. Esta vez, el beso fue larguísimo y profundo, mientras las caricias de él se sucedían en el cuerpo de ella. Pero cuando Wellington hizo el gesto de comenzar a quitarle los pantalones, Birgit retrocedió.

—Si a ti no te importe lo del robot —susurró—, a mí tampoco.

—No es que no me importe —dijo él— sólo es una cuestión de supervivencia. Pero puesto que a ti no te importa morir...

—Nos veremos mañana —murmuró ella—, y espero que MVB no se entere de que te amo a ti... Buenas noches, Wellington.

El no contestó. Birgit fue a la puerta, la abrió, y salió.

* * *

En un aposento tapizado de rojo y negro estaba la pantalla de televisión en la que se vio a Birgit Lamarr salir del cuarto de Wellington Fair.

—En efecto —susurró una voz—, parece que ella es una zorra, pero él es un hombre qué nos interesa. Frío, calculador, inteligente... Sin duda alguna, el señor Fair va a ser uno de nuestros mejores elementos en el exterior.

En la pantalla continuaba la imagen de Wellington Fair en su habitación. Se le vio desnudarse, sentarse en el borde de la cama, y encender un cigarrillo, mirando pensativamente hacia el techo...

—Parece que mira hacia el objetivo de la cámara —dijo otra voz.

—Tonterías. Ni el señor Fair ni nadie pueden descubrir a simple vista nuestro sistema de televisión en todas las dependencias del Pelikaan.

Esto era cierto. Nadie podía ver las cámaras, ni parte alguna del sistema.

Pero a lo mejor, el señor Fair era un hombre desconfiado, y tal vez, en algún momento, se le había ocurrido que alguien pudiera haber estado viéndoles a él y a Birgit en todo momento. Viéndolos y oyéndolos.

Sí, tal vez el señor Fair era desconfiado.

CAPITULO VI

—Muy bien, señor Fair, podemos conversar tranquilamente, nada ni nadie nos molestará. ¿Está usted bien acomodado, necesita algo?

—Estoy muy bien, gracias —dijo Wellington—. Podemos empezar cuando usted guste, MVB.

El robot, sentado en otro sillón frente al que ocupaba Wellington, tenía en funcionamiento los «ojos». Estaban solos en uno de los aposentos insonorizados, y todo lo que había allí era dos sillones, Wellington y Mayer Van Bercken. El ambiente, siempre con luz roja, resultaba íntimo, tranquilo.

—Ante todo —sonó la metálica voz de MVB— está el asunto de la señorita Lamarr. ¿Realmente la ama usted?

—No veo qué tiene que ver ella con mis recuerdos. Ella es algo actual, no un recuerdo. Y además, ¿cómo sabe usted...?

—Yo sé todo lo que ocurre en este barco, señor Fair. Puedo verlo y oírlo todo. De este modo, me he enterado de lo que pasó anoche entre usted y la señorita Lamarr en su camarote. Y debo decirle que ella no le conviene.

Wellington sonrió secamente.

—Según parece, está usted consiguiendo un alto grado humano, MVB: tiene celos.

Mayer Van Bercken dejó oír su risa de hojalata.

—No se trata de eso —exclamó acto seguido—. Es cierto que la belleza física de la señorita Lamarr me ha sugerido esa clase de experiencia, que por otra parte habría tenido que realizar tarde o temprano, pero no la amo especialmente. De todos modos, ella no es adecuada para un hombre como usted, en el que tengo pensado depositar mi confianza y muy grandes proyectos.

—¿El Almirantazgo británico? —murmuró Wellington.

—Para empezar —asintió el robot—. Y francamente, no creo que la señorita Lamarr, alemana además, sea la esposa adecuada para usted cuando ocupe muy altos cargos.

—Sí, comprendo. Sin embargo, ella me gusta.

—Y a mí me gusta su firmeza de carácter, señor Fair. Pero podemos llegar a un acuerdo: sometida o no a mis experiencias, usted podrá disfrutar también de la belleza de la señorita Lamarr mientras ella esté con nosotros. Esperemos que se canse pronto de ella, pues no tiene la calidad que usted merece, y entonces tomaremos una decisión sobre ella.

—¿Matarla? ¿Como a Mabel Copperfield y a María Pavese! —¡Ah, es usted extraordinariamente inteligente, señor Fair!

Ha comprendido que le estuve viendo anoche, que sé todo lo que hizo, y ahora ha decidido sincerarse, pese a que es innecesario... En cuanto a la señorita Lamarr, ¿le importaría a usted mucho que fuese eliminada?

—En estos momentos, sí, la verdad —gruñó Wellington—. No sé si dejaré

de amarla o no, pero no me gustaría que muriese antes de saberlo.

—Comprendido. Tomaré pronto una decisión sobre ella... y espero que la acepte usted: me gusta que mis colaboradores sepan obedecer mis disposiciones sin vacilación alguna. Y usted es lo bastante inteligente para saber lo que le conviene. ¿Quedamos, pues, en que aceptará usted mis disposiciones en todo momento?

—Sí.

—Muy bien, espléndido. Vamos entonces a empezar con sus recuerdos, señor Fair. Evidentemente, es usted un hombre de muy alto nivel social y cultural. ¿A qué universidad fue usted?

—Cambridge.

—Cambridge... Bien, me gustará adquirir sus experiencias conocimientos en ese aspecto. Hábleme de ello.

* * *

—¿Está usted cómoda, señorita Lamarr? ¿Necesita algo? Birgit, sentada frente a MVB en el salón donde sólo había los dos sillones, murmuró:

—Estoy muy bien, gracias. No necesito nada especial. —Espléndido. Tengo la impresión de que sus éxitos como periodista están basados en su habilidad para... otorgar su sexo. ¿Me equivoco?

—No entiendo bien qué quiere decir.

—Tanto el señor Fair como usted han sido contratados por casualidad, no elegidos por mí, sino por mi fiel Helmutt a la vista de las circunstancias. En lo que respecta al señor Fair, creo haber realizado una interesante contratación, pero respecto a usted tengo mis dudas. En el fondo, pienso que no tiene usted la categoría necesaria mínima para formar parte de mi cuadro de colaboradores en el exterior. Digamos que entre lo que sé de usted y mi propia impresión, la opinión que me he formado no es demasiado favorable. Lo que he querido decir antes, por tanto, es que creo que usted ha conseguido situarse bien en las altas esferas europeas porque ha sabido cuándo y con quién debía utilizar el sexo. ¿Es así?

—No —rechazó Birgit—. Usted está desorbitando la cuestión.

—¿Quiere decir que no se ha acostado con ningún personaje importante, que no tiene... recuerdos de esa clase para venderme?

—Puedo asegurarle que no soy ninguna zorra. En realidad, a pesar de lo que le haya dicho Helmutt, mi interés por el señor Fair era anterior a nuestro encuentro en París, y todo lo que hice fue aprovechar la ocasión para intentar acercarme a él. Hubo antes un malentendido, pero ya hacía tiempo que me había enamorado de él.

—¿De veras? Está bien, pero... ¿qué me dice de los demás hombres?

—No hubo tantos como usted cree. Simplemente, he amado antes de ahora, pero le repito que no soy una zorra.

—¿Pero tiene usted recuerdos de sexo para venderme o no los tiene?

—Creí que sólo les interesaban a ustedes algunas confidencias sobre los personajes que conozco..., quiero decir, confidencias no relacionadas con el sexo.

—También esa clase de recuerdos me interesan, señorita Lamarr. Pero llegaremos a ellos más tarde. Ahora, me interesa nutrir mi experiencia humana con las vivencias sexuales de una mujer como usted.

—Es decir, que cuando yo haya terminado mis explicaciones usted habrá incorporado a su... personalidad la mía propia en ese sentido, sabrá tanto como yo. Será como yo misma.

—Esa es la idea. Si le parece, vamos a empezar ya. ¿Cuál fue su primer hombre, cómo ocurrió y qué sintió usted aquella primera vez al ser penetrada...?

* * *

—¿Y cuando terminaste no te exigió nada, no te exigió que completases su experiencia haciendo el amor con él? —preguntó Wellington.

—No. Me dijo que mañana tendremos otra entrevista, esta vez para venderle recuerdos de otra clase. Y que hasta entonces podía hacer lo que quisiera. Pero no comprendo qué ha querido decir con eso.

—A mí me dijo lo mismo —murmuró Wellington—. Y yo si sé lo que ha querido decir. Me interrogó sobre ti, le dije que te amaba, y aseguró que no tenía inconveniente en que realizara ese amor... Interpreto que, simplemente, a los dos nos deja libres para hacer lo que queramos.

Birgit se quedó mirando sonriente a Wellington.

—¿Y es por eso que has venido a mi habitación esta noche? —preguntó.

—Pensé que no te gustaría estar sola.

—Sin embargo, durante la cena no has sido muy amable conmigo —reprochó ella.

—Me pareció interesante conversar con los demás vendedores. Y tú parecías muy interesada con los demás.

—Sí... La verdad es que todos son muy interesantes. Cada uno a su manera y en su especialidad son todas personas de primera línea. Por ejemplo, ese joven tan apuesto llamado Sanpietro, resulta que es coronel del Ejército en Italia. ¿Y quieres creer que asegura estar estudiando muy seriamente un nuevo concepto de la guerra?

—¿Quieres decir que le gusta la guerra?

—No hay nada que le' guste más. No sabe hablar de otra cosa, prácticamente. ¡Le encanta la guerra! La considera algo así como un juego de ajedrez.

—¿No lo es? De todos modos, creo que ya hemos hablado lo suficiente con los demás y de los demás. Birgit, no sé cuánto tiempo vamos a permanecer aquí dentro, pero sí sé que prefiero no dejarte sola por la noche.

—Bueno... —sonrió ella—. Esa es una decisión que me encanta, mi amor.

Habían estado conversando sentados en las butacas del dormitorio de ella ambos vestidos. Birgit comenzó a desnudarse entonces, lentamente, mientras Wellington Fair la contemplaba en silencio. Fila le miró cuando estuvo completamente desnuda.

—¿Vas a dormir vestido? —sonrió.

Wellington se puso en pie, y procedió también a desnudarse. Se acercó a ella, y la abrazó por la cintura. Los turgentes senos de Birgit entraron en contacto con el musculoso pecho de Wellington cuando ella se colgó de su cuello.

—He estado engañando a ese robot cretino... —susurró ella junto al oído de él—Solamente a ti he amado y solamente a ti amaré. Y pronto podrás comprobarlo...

* * *

—Creo que ha pasado usted una noche sumamente agradable, señorita Lamarr —dijo MVB, sentado ante ella.

—Muy agradable —sonrió la periodista.

—Me pregunto si está demasiado fatigada para que sigamos con nuestro asunto.

—No, en absoluto. Por el contrario, me siento relajada y muy bien, satisfecha plenamente en todo.

—Espléndido. En ese caso, vamos a proseguir. Pero no en este mismo sillón. Descenderemos al tercer nivel. Es claro que a medida que nos acercamos a la quilla del barco los salones son más pequeños, pero abajo hay espacio suficiente para mis propósitos. No, no hace falta que se mueva. Siga sentada, por favor.

La mano derecha de MVB presionó en un lado del sillón que ocupaba. No se oyó nada. Simplemente, un rectángulo del suelo, en el que se hallaban los dos sillones, inició el descenso. Las manos de Birgit se asieron a los brazos del sillón. El montacargas se detuvo apenas cuatro metros más abajo. Por encima de ellos apareció una delgada plancha metálica que ocultó el hueco. Dejaron de ver la luz rojiza. Se iluminó todo en Verde. Un verde más siniestro que el rojo de los dos niveles superiores.

—No se asuste. Es una cuestión de ambientación. Bien, la escucho con gran interés.

—¿Qué objeto tiene haber bajado aquí? Arriba podríamos. ..

—Yo nunca hago nada por nada, señorita Lamarr. Por favor, empiece a contarme cosas de sus... importantes amigos y conocidos.

Birgit se pasó la lengua por los labios. Como siempre que descendían en montacargas, alrededor había cuatro paredes, y eso era todo. Lo que pudiera haber en aquel tercer nivel al otro lado de las cuatro paredes era imprevisible.

La periodista comenzó a hablar. Frente a ella, el robot parecía un elegante maniquí. Sus «ojos» funcionaban sin cesar, eso era todo. Era una situación

dislocada, pero Birgit Lamarr seguía hablando, contando sus recuerdos. Y así estuvo durante más de media hora, hasta que MVB la interrumpió de pronto.

—Perdone: ¿todos sus recuerdos son por el estilo?

—Los de esa clase, sí.

—Resultan decepcionantes.

—¿Qué esperaba usted? ¿Qué le contase cosas de reyes, emperadores y presidentes?

—Algo parecido, sí.

—Tengo muchas y muy buenas amistades, pero nunca he volado tan alto. Quizá lo consiga cuando dirija la importante agencia que usted pondrá a mi disposición.

—Los recuerdos que usted me está ofreciendo puedo conseguirlos mejorados de otras personas, señorita Lamarr.

—Lo siento. Nunca dije que...

—Realmente, no tiene usted la categoría suficiente para formar parte de mi grupo de élite. Y además, no me gustó que anoche me llamara robot cretino.

Un destello de alarma pasó por los ojos de Birgit Lamarr. No dijo nada, sin embargo. Se quedó mirando a Mayer Van Bercken, que durante un par de minutos permaneció en silencio.

—A decir verdad —reanudó la conversación MVB de pronto—, otras personas me han decepcionado antes que usted. Incluso personas con cargos importantes, créame. Pero sucede que no siempre las personas que ocupan cargos importantes son importantes por sí mismas. En muchas ocasiones, ocupan puestos que no merecen su talento ni su personalidad. Pongamos, por ejemplo, al señor Fair:' es un hombre que, cuando sea debidamente promocionado por mí, siempre estará a la altura de sus nuevos cargos. Y ello, porque el señor Fair tiene valía por sí mismo, no como otros que alcanzan puestos importantes gracias a determinadas ayudas y politiqueos. De éstos, he encontrado bastantes. Y naturalmente, dejaron de interesarme en cuanto comprobé que no valían lo suficiente, que promocionarlos era perder el tiempo.

—Está bien —murmuró Birgit—. Si no le intereso, todo lo que tengo que hacer es marcharme de aquí.

—No, no. Todavía no. Antes, le voy a dar a usted la oportunidad de contarme recuerdos mucho más interesantes que los actuales. Definitivamente, y sintiéndolo por el señor Fair, que está... encaprichado de usted, acabo de pasarla a usted a la categoría de Narradora Especial. Tenga la bondad de ponerse en pie y dirigirse hacia esa pared.

El brazo derecho de MVB señaló. Birgit no se movió. Miraba fijamente al robot, que tras esperar en vano unos segundos la apuntó con su brazo.

—Le sugiero a usted que acepte mis órdenes, señorita Lamarr, si no quiere recibir una descarga muy poco agradable.

Birgit se puso lentamente en pie, y se dirigió hacia la pared señalada antes por MVB. La mano derecha de éste apretó el brazo del sillón, y la plataforma

con los dos sillones comenzó a elevarse, mientras la plancha metálica de arriba desaparecía por un lado de la abertura.

En cuestión de segundos, Birgit quedó sola en aquella especie de caja metálica iluminada en verde. Y apenas la plataforma se había colocado en su sitio, se oyó un chasquido, y los cuatro paneles que rodeaban a Birgit se abatieron hasta el suelo, ensanchando así el lugar, cuya forma era la de una caja de zapatos enormes.

Había dos ambientes allí, muy claramente diferenciados. Hacia la derecha, siguiendo ¡a estructura del barco, había una selva artificial, de la que llegaban extraños rumores espeluznantes procedentes de los arbustos y pequeños árboles de plástico. A la izquierda, las tres paredes estaban ocupadas por lo que parecían cajas de embalaje de unos dos metros de alto, una junto a otra. Dentro de estas cajas había algo que, a primera vista, le pareció a Birgit que eran personas.

Pero muy pronto salió de su error, cuando de una de las cajas comenzó a aparecer el primer robot, al que secundaron inmediatamente los demás. Birgit permaneció en su sitio, como si estuviera con los pies clavados al suelo, mientras los robots se iban acercando. Había no menos de treinta, todos idénticos a Mayer Van Bercken, todos caminando como él, todos vestidos como él. Birgit miró hacia arriba y a los lados, en busca de alguna salida, pero en vano.

Los robots se iban acercando con su pesado caminar, bien ordenados, como en un desfile militar, caminando de seis en fondo. Se detuvieron por fin a un par de metros de la paralizada Birgit. Treinta MVB dijeron entonces, a la vez, con la misma voz metálica:

—Como te dije antes, quiero hacer el amor contigo.

CAPITULO VII

—Bien, señor Fair, vamos a reanudar la exposición de sus recuerdos. Quedamos ayer en que...

—Creía que Birgit estaba con usted —interrumpió Wellington.

—Sí, lo estaba.

—No la he visto salir de aquí.

—No se preocupe por ella. Ya la ha tenido, ¿no es cierto? Ella está bien, y no va a ocurrirle nada malo, por el momento. Sólo está adquiriendo experiencias para pasar a ser una Narradora Especial. De modo que tranquilícese: volverá usted a verla. Ahora, señor Fair, hay una cuestión que debemos dejar bien establecida. A mí me gusta su historial, y realmente, tendré que felicitar a Helmutt por su acierto al contratarlo como vendedor de recuerdos. Espero de usted grandes cosas, y muy pronto comprobará usted que puedo encumbrarlo adecuadamente. Sin embargo, hay un punto sobre su persona que todavía no ha sido aclarado: ¿es usted homosexual?

—No.

—Explíqueme usted, entonces, cuáles son sus relaciones con el hermoso joven rubio con el que Helmutt le vio en París. ¿Vacila, señor Fair? ¡Eso no me gusta! Nuestras relaciones deben ser sinceras y leales.

—Bueno... Es que eso forma parte de la vida de otra persona. Pero está bien, sé que usted será discreto, MVB.

—Todo lo discreto que sea necesario.

—De acuerdo. Aquel muchacho rubio no tenía ni tiene nada que ver directamente conmigo. Es... o era el amante de lady Sinclair, la esposa del jefe del Almirantazgo. Lady Sinclair y yo somos buenos amigos, ella confía en mí... El caso es que, tras un tiempo de tener ella relaciones íntimas con el muchacho, bastante más joven que ella, claro está, él comenzó a buscar complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Empezó a pedirle dinero a lady Sinclair, y a presionarla para que ella influyera en lord Sinclair para que proporcionara determinados cargos a amigos de él. Al principio, lady Sinclair cedió en varias ocasiones, pero pronto comprendió que se estaba metiendo en un callejón sin salida, que cada vez el muchacho tendría más exigencias, y que a ella le iría resultando más y más difícil conseguir dinero y los favores de su marido para otras personas. Como es natural, lord Sinclair empezaba a sospechar algo, por otra parte, ya que no es precisamente un tonto. De modo que lady Sinclair me pidió ayuda. Me explicó la situación, me dijo que confiaba en mí, y que esperaba que yo arreglaría las cosas de una vez por todas... como fuese.

—¿Qué significa exactamente eso de *como fuese*?

—Lady Sinclair siempre fue generosa y afectuosa conmigo.

—Sigo sin comprender —dijo el robot.

—Bien, lady Sinclair sabe, claro está, que durante un tiempo yo estuve en la R.A.F., como comandante instructor de grupos de comandos especiales.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que puedo ser un hombre peligroso.

—¡Ah...! Y usted estaba dispuesto a darle personalmente una severa lección al bello muchacho rubio si éste no se avenía a razones. ¿Entiendo que incluso habría sido capaz de matarlo, señor Fair?

—Digamos que estaba dispuesto a darle un serio disgusto si él no me devolvía las cartas que ingenuamente le había escrito lady Sinclair, y con las cuales la estaba sometiendo a chantaje. De modo que lo cité en París, y se lo hice comprender. Me parece que no quedó muy convencido, por lo que, si usted no tiene inconveniente, cuando salga de aquí le citaré ¦ de nuevo para... convencerlo.

—¡De acuerdo! —se echó a reír Mayer Van Bercken—, No me desagrada en absoluto que lady Sinclair tenga motivos para estarle muy agradecida. La utilizaremos nosotros. ¿Cree que podrá manejarla?

—¿Manejarla? ¿De qué modo?

—Para promocionarlo a usted. Aunque dispongo de otros recursos, naturalmente.

—¿Qué recursos?

—Estoy seguro de que usted ya ha comprendido cómo funciona todo esto, ¿verdad? Helmutt y Jakobs salen de cuando en cuando para contratar vendedores de recuerdos, y los citan en el Steen de Amberes. Por su parte, ellos llegan i allá utilizando trucos que les aseguran que burlan a posibles... curiosos. Generalmente, Jakobs no interviene en las contrataciones, a menos que el presunto vendedor se niegue a aceptar el contrato, lo que, considerando que ya sabe demasiado, lo convierte en una persona incómoda para nosotros...

—¿Como María Pavese, por ejemplo?

—Sí. Y otros varios de los que Jakobs se encargó. Helmutt hace una seña convenida cuando el personaje se niega a venderme sus recuerdos, y Jakobs le sigue cuando se separan, o bien, como en el caso de María Pavese, se adelanta. A la Pavese la esperó en el estacionamiento subterráneo del edificio donde vive, y la mató. Luego, se fue con su cabeza, para mi colección. Helmutt prosiguió sus contrataciones, consiguiendo esta vez a Siegman y Lanstrom, y luego, ambos vinieron a Amberes. En esta ciudad, Helmutt entró en determinado local donde sabe que puede disfrazarse, lo hizo, y al ¡salir se metió en el coche en el que le esperaba Jakobs. Acto seguido, fueron a recogerlos a ustedes cuatro. ¿Comprende el mecanismo, señor Fair?

—Desde luego.

—Bien. Hablemos ahora de los vendedores de recuerdos. La mayor parte de ellos, por suerte, resultan idóneos para mis proyectos, pero algunos se niegan a aceptarlos o, como en el caso de dos que estuvieron recientemente aquí, no son interesantes, ni siquiera inteligentes. Entonces, tengo contacto con tres ciases de vendedores de recuerdos. Clase A, esto es, los que como

usted, resultan idóneos, y con éstos llego a un fácil y buen entendimiento; tengo ya muchos vendedores de la clase A distribuidos por Europa, y varios en América. Tenemos luego la clase B, que son los que, aun siendo inteligentes e interesantes, se niegan a formar posteriormente parte del cuadro de mis colaboradores en el exterior. Y tenemos la clase C, o Narradores Especiales, esto es, los que ni son inteligentes ni interesantes para mis planes, como es el caso de la señorita Lamarr. Los de la clase A vuelven a sus domicilios y cargos, y esperan mis instrucciones. Usted va a ser de la clase A, señor Fair, y, como está sucediendo ya con otro: de esa clase, le auguro un brillante porvenir. Y como lo; demás de la clase A, señor Fair, espero que será usted, adecuadamente dócil conmigo.

—Eso significa que seré un hombre de paja en sus manos.

—Exactamente. Pero estará muy arriba.

—Ya entiendo. Lo que no entiendo es que para conseguir esto recurra usted a todo este embrollo de comprar recuerdo;

—Hay dos buenos motivos para recurrir a ese procedimiento. El más importante es que así conozco bien a las personas que en el futuro van a servirme al mando de sus países respectivos. El otro motivo es puramente de financiación.

—¿Financiación? No comprendo.

—Estamos en un carguero enorme, señor Fair. Este barco, que oficialmente realiza cometidos normales de carga y descarga ha sido remodelado en su interior, como usted ya ha comprobado. Además, tenemos contratados hombres especiales, maquinaria, computadoras... Mantener unas instalaciones como éstas cuesta mucho dinero. Y yo lo gano con los vendedores de las clases B y C.

—¿Quiere decir que les obliga a darles dinero a usted.

De nuevo sonó la risa metálica de Mayer Van Bercken

—¡Claro que no! ¿Sabe usted, señor Fair, que hay muchas personas escalofriantemente sádicas en este mundo? Alguna de ellas, muchas, tienen dinero en abundancia, y entonces, compran películas.

—¿Le compran películas a usted?

—Así es. Películas especiales, naturalmente, de las que son protagonistas los vendedores de las clases B y C. Los de la clase B son sometidos a... situaciones límite realmente extraordinarias, terroríficas, hasta que les sobreviene la muerte. Algunas de esas películas las he vendido a precios fabulosos.

—¿Y los de la clase C? —murmuró Wellington.

—Bueno, estos vendedores son por lo general bastante estúpidos, y antes de someterlos a su destino final les doy la oportunidad de divertirme, y de enriquecer mis conocimientos, al mismo tiempo. Le pondré el último caso, como ejemplo: había aquí dos hombres, llamados Olmedo y D'Autreil, cuyos recuerdos y vidas en general no me interesaban, ni eran lo bastante inteligentes para poder utilizarlos en el futuro, así que los convertí en clase C,

esto es, Narradores Especiales. Les di la oportunidad de poder contarme recuerdos de intensidad adecuada.

—¿Qué oportunidad?

—Los envié a la selva con un cuchillo y un hacha cada uno, haciéndoles comprender que sólo el superviviente de su enfrentamiento salvaría la vida. Ganó D'Autreil, un absurdo y estúpido francés con título nobiliario, que mató a Olmedo y le arrancó el corazón para entregármelo. Todo eso, su lucha a muerte, así como el momento en que D'Autreil me entregó el corazón de Olmedo y me contó sus... recuerdos y vivencias de esos momentos, fue filmado y sonorizado. Le aseguro que el filme es interesantísimo, y espero obtener por él no menos de cien mil dólares.

—¿Hay personas que pagan semejante cantidad por un filme tan... odioso y repugnante?

—Ya lo creo que sí. Tengo una lista de buenos clientes, se lo aseguro.

—¿Y esos clientes no temen que usted les esté engañando, que lo que ocurre en las películas sea actuación de actores y no realidad?

—Claro que no. En primer lugar, porque las personas que protagonizan los filmes son bien conocidas en el exterior, y mis clientes comprueban que ya nunca se ha vuelto a saber de ellos. Y en segundo lugar, todavía más convincente, por una suma más bien módica suplementaria, Jakobs les muestra las cabezas cortadas de los... protagonistas de los filmes, al entregarles una copia de éstos. Como es lógico, yo me reservo varias copias de cada filme... Tengo una filmoteca muy interesante, señor Fair. Bien, ya sabe usted cómo funciona todo esto...

—¿Y todo lo que pretende usted es convertirse en un... ser humano?

—Así es. Con seres humanos como usted a mi servicio. En pocos años, ostentaré un control cada vez mayor sobre el planeta, a medida que mis servidores, como usted, vayan encumbrándose, ocupando los más altos puestos mundiales en la política, las Artes, las finanzas, las milicias... A usted le prometo desde ahora mismo el cargo de Primer Ministro británico. ¿Es de su agrado? Espero que sí, ya que no podríamos conseguir nada más importante para usted en su país,

—¿Y qué me dice de la actual Primera Ministra?

—Oh, bueno, ella será oportunamente... retirada.

—¿Asesinada?

—Si es necesario, por supuesto.

—Ya entiendo. ¿Y todo esto lo saben los vendedores de la clase A que vienen aquí?

—Claro. Y todos están a la espera de sus encumbramientos. Como usted cuando salga de aquí. En su caso, contando con la ayuda que sin duda le prestará lady Sinclair, es posible que podamos acelerar el proceso de su promoción. Pero ahora, señor Fair, prosigamos con sus recuerdos. Quedamos ayer en que...

—¿Puede dispensarme unos minutos? Tengo necesidad de ir al lavabo.

—¿No se encuentra bien, señor Fair? —se condolió MVB.

—La verdad, no mucho... ¿Puedo salir?

—Naturalmente. Le espero aquí. Y no tenga prisa —MVB volvió a reír—: ¡Yo dispongo de todo el tiempo del mundo! Y ello, porque mientras ustedes irán envejeciendo y desapareciendo, yo me iré renovando continuamente, seré... ¡eterno!

Wellington asintió, se puso en pie, y caminó hacia la pared en la que estaba la puerta, cuyo resorte ya conocía. Lo apretó, salió del salón, y cerró tras él. Ni por un momento se le ocurrió atacar a Mayer Van Bercken, que podía fulminarlo con una de sus descargas eléctricas, y al que sabía que no podía herir ni asustar, como robot que era.

Pero no todos eran robots en el carguero.

Recorrió rápidamente el pasillo, abriendo puertas hasta que encontró a Helmutt y a Jakobs en una habitación, preparando unas maletas. Los dos se volvieron al oír abrirse la puerta, y Helmutt sonrió amablemente.

—Ah, señor Fair... ¿Ya ha terminado con MVB? Está muy satisfecho con usted. Y yo también. Por cierto, ¿quiere algo del exterior? Jakobs y yo salimos para efectuar nuevas contrataciones, y a nuestro regreso podemos traerle lo que quiera. Aunque tal vez usted ya no esté aquí... ¿Le ocurre algo?

Sin duda alguna, Helmutt Webber tenía una percepción más fina que Jakobs, quien no había hecho mucho caso a Wellington. Pero sí Helmutt, que vio su expresión aparentemente hermética, pero con una refulgente luz en el fondo de los ojos de Wellington Fair.

Este ni siquiera contestó. Alzó la pierna derecha, y hundió ferozmente el pie entre las ingles de Helmutt, que soltó un bramido, palideció, y rodó por el suelo. Jakobs lanzó una exclamación, mirando a Wellington por un instante como si no comprendiera. Acto seguido, crispado el rostro por la furia, metió la mano derecha en la axila izquierda, y sacó la pistola...

La mano izquierda de Wellington Fair asió la muñeca derecha de Jakobs y la apartó. Y con la derecha, Wellington descargó un golpe escalofriante, con los nudillos medios, en plena garganta del gigantesco Jakobs, que soltó la pistola y salió despedido hacia atrás dando traspiés, para caer sentado, echando sangre por la boca.

Wellington se inclinó, recogió la pistola, y apuntó rápidamente a Jakobs, que parecía estar más en el otro mundo que en éste, nublados los ojos, emitiendo extraños ruidos, y expeliendo sin cesar sangre por la boca. Wellington asió a Helmutt por la ropa del cuello, y lo tiró sobre una butaca como si fuese un muñeco. Dos salvajes bofetadas acabaron de despejar la mente de Helmutt Webber. Y entonces vio la boca de la pistola ante sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Dónde está ahora Birgit? —preguntó Wellington.

—Abajo... —jadeó Helmutt—. ¡Abajo, en el último nivel!

—¿Cómo se llega allí, cómo puedo sacarla de ese lugar?

—¿Está loco? ¡No puede hacerlo de ninguna manera, sólo MVB puede

bajar ahí...! ¡Los demás lo tenemos prohibido!

—Helmutt: le voy a meter una bala en la boca si no me dice cómo se baja al último nivel.

—Le digo que sólo MVB puede bajar... ¡Espere, se lo voy a decir! Hay... hay un botón, en la butaca donde se sienta MVB, que hace descender una plataforma al tercer nivel.

—¿Qué hay allí abajo?

—Los escenarios... ¡Sólo los escenarios!

Wellington apretó los labios. Justo en aquel momento, Jakobs emitió un fuerte ronquido, se tensó, y de su boca brotó un enorme chorro de sangre. Acto seguido, el gigante se relajó y quedó inmóvil, con los ojos desorbitados. Wellington lo miró, y en el acto captó el movimiento de ataque de Helmutt.

Lo retuvo despectivamente poniéndole una mano en el pecho, y con la otra le descargó un golpe en lo alto de la cabeza con la culata de la pistola. El cráneo de Helmutt crujió, y éste quedó sentado, abiertos y bizcos los ojos, hacia los cuales, desde la mortal brecha en el cráneo, comenzó a descender sangre y líquido grisáceo.

Wellington Fair se irguió, y se dirigió hacia la puerta guardándose la pistola en la cintura, abrochando acto seguido la chaqueta, para ocultarla. Salió al pasillo, cerró tranquilamente, y emprendió el regreso hacia el salón del comprador de recuerdos.

Cuando entró en éste, MVB le esperaba de pie ante el sillón, con el brazo derecho extendido. Brotó la azulada descarga, pero Wellington sabía perfectamente que MVB lo veía todo, y que sabía que él había atacado a Jakobs y Helmutt, así que cuando brotó el delgado rayo azulado él ya estaba saltando hacia su derecha.

El primer rayo falló su objetivo, y Wellington no dio ninguna oportunidad más a Mayer Van Bercken, sobre el cual tenía una nada despreciable ventaja: era muchísimo más rápido de movimientos.

Y así, en un instante, se halló detrás del robot, que comenzó a volverse..., pero ya con Wellington aferrado a él pasándole el brazo izquierdo por el cuello, y utilizando una esquina de la base de la culata de la pistola para su ataque. El acero golpeó fuertemente el «ojo» derecho de Mayer Van Bercken, y el cristal del objetivo se rompió...

—¡No haga eso! —Gritó MVB— ¡No haga eso!

La pistola estaba ya golpeando el otro «ojo», que resistió el primer y el segundo golpe, pero no" el tercero. Y apenas reventado también este «ojo», Wellington soltó a MVB y le empujó fuertemente por la espalda. El robot extendió los brazos, y cayó de bruces, pero comenzó a ponerse en pie inmediatamente.

Wellington no le hizo el menor caso. Examinó la butaca de MVB, vio el botón, y lo oprimió. La plataforma comenzó a descender. En el hueco apareció Mayer Van Bercken, con los brazos extendidos y lanzando una descarga con cada mano..., llegó al borde, y se precipitó hacia la descendente

plataforma, cayendo de bruces. Hubo un crujido metálico, unos chispazos que incendiaron la ropa del robot, y éste quedó inmóvil como lo que era: una máquina estropeada.

La plataforma seguía descendiendo hacia la profundidad verde del tercer nivel del carguero Pelikaan.

CAPITULO VIII

E! espanto había cedido ya considerablemente en el ánimo de Birgit Lamarr.

Tras 3a declaración conjunta de los robots de que querían hacer el amor con ella había huido de ellos corriendo hacia la selva de plástico, entre cuya vegetación se había escondido, aunque temiendo, lógicamente, que sería inútil. Por eso se había sorprendido tanto cuando los robots, en lugar de perseguirla, habían dado la vuelta y habían regresado a sus cajas, colocándose ordenadamente de nuevo en ellas...

Todavía con los pelos de punta, entre aliviada y desconcertada, Birgit no tardó más que unos pocos segundos en comprender que el juego no había terminado.

Lo primero que percibió fue el movimiento por encima de ella. Apenas un rumor como de engranaje mecánico. Alzó la mirada, y vio la cámara de televisión cuyo «ojo» apuntaba hacia ella.

Luego, había oído la voz de Mayer Van Bercken.

—Le esperan vivencias extraordinarias, señorita Lamarr. ¡Y luego sí que podrá venderme usted interesantes recuerdos, magníficas experiencias! ¡Cuidado! ¡La están atacando!

Birgit respingó, no sólo al oír la advertencia, sino al notar el contacto en su pierna derecha. Bajó la mirada, y vio aquel animal de oscuro pelaje que estaba junto a ella. Respingando fuertemente, se apartó, y se quedó mirándolo con expresión desorbitada. El animal era del tamaño de un perro corriente, pero parecía... una rata. Sí, una rata...

—No es una rata —dijo MVB desde alguna parte—, sino el cruce de una rata y una mofeta, que posteriormente fue cruzada a su vez con un cerdo.

El animal tenía los ojos rojos. Emitió un sonido indescriptible, que provocó en Birgit una mezcla de asco y horror, los ojos rojos estaban fijos en ella, y se encendían más y más... Birgit dio media vuelta, y echó a correr por entre la vegetación de plástico. Ni siquiera veinte metros más allá, se detuvo, lanzando una exclamación de sobresalto: ante ella, una avispa enorme movía las alas con una furia inaudita, emitiendo un zumbido fortísimo. El largo aguijón relucía con un color amarillo-verdoso siniestro. De nuevo se volvió Birgit, alejándose de la avispa furiosa, y, poco más allá, se detuvo en seco cuando ante ella apareció de súbito un hombre desnudo... ¡que tenía dos cabezas!

Desorbitados los ojos, Birgit se quedó mirando aquella aparición. Por el cuello de una de las cabezas aparecía sangre en abundancia, al parecer de un corte, o de una incisión... Un poco más allá apareció otro hombre, asimismo desnudo..., pero sin cabeza. Su cuello era un horrendo muñón del que brotaba un surtidor de sangre grueso y violento. Del vientre de este hombre decapitado brotó la voz iracunda:

—¡Devuélveme mi cabeza, ya tienes bastante con la tuya!

La mirada de Birgit saltó hacia el hombre de las dos cabezas, que se arrancó la que tenía la incisión en el cuello y la tiró al suelo rabiosamente.

—¡Ahí tienes tu podrida cabeza!

Birgit retrocedió un paso, dio de nuevo la vuelta... y vio ante ella un enorme murciélago que batía silenciosamente sus membranosas alas; pero la cabeza del animal no era la que le correspondía, sino una cabeza humana, de facciones huesudas y lívidas, provista de grandes ojos relucientes. El monstruo abrió la boca, mostrando unos afilados colmillos larguísimos, y dijo:

—¡Dame tu sangre, la necesito!

Birgit echó a correr..., para detenerse de nuevo cuando casi chocó con una horrenda bruja de facciones horripilantes, verde como lo más verde del mundo, y que tendía sus manos provistas de largas uñas como garras hacia ella.

—Ven, hermosa... —dijo la bruja—. Haré con toda tu carne y tu sangre un extracto de belleza para mí, y seré la Reina de la Belleza Mundial...

Birgit siguió corriendo, y, de pronto, se detuvo, y se llevó las manos al rostro. Su pecho estaba agitadísimo, casi no podía respirar, pero de pronto lo había comprendido todo. Todo. Todos aquellos monstruos, aquellos... «seres», no eran auténticos, sino robots, como Mayer Van Bercken.

Espeluznantes, terroríficos robots. Muñecos, juguetes ingenios mecánicos concebidos por una mente pérfida y desquiciada... que ciertamente, no podía ser la de Mayer Van Bercken.

Birgit ya no corrió más. Quedó inmóvil, recuperando el aliento, y la serenidad. Oía a su alrededor el rumor de los seres monstruosos acercándose, pero se propuso no hacer caso alguno. Cerró los ojos e intentó hacer lo mismo con los oídos.

«No quiero ver nada —pensó—, no quiero oír nada, no quiero saber nada, no consentiré que me maten de asco o miedo. Jamás he tenido miedo a nada, no tengo miedo a nada... Esto es todo absurdo, no existe esta situación. Yo no estoy aquí. Estoy... ¡en una hermosa playa tropical! Eso es, estoy en una hermosa playa tropical, haciendo el amor con él, viendo el cielo azul, hermosas gaviotas de blanco vientre, y percibo el maravilloso aroma de un mar limpio que suena en mis oídos como música...»

De pronto, se dio cuenta de que algo nuevo estaba sucediendo. El sonido ambiente estaba cambiando. Retiró las manos del rostro y abrió los ojos. Estaba rodeada de aquellos monstruosos seres robóticos, pero no la miraban a ella, sino hacia fuera de la selva... donde había ahora un resplandor rojizo.

Vio la plataforma descendiendo, y a Wellington de pie junto al sillón de MVB. Y de pronto, MVB apareció en el borde del hueco, efectuando dos descargas que se perdieron cuando encontró el vacío y cayó de bruces sobre la plataforma. Su ropa se incendió, y MVB ya no se movió.

La plataforma seguía descendiendo* y los monstruosos seres prestaban

toda su atención al intruso, que en aquel momento llamó:

—¡Birgit! ¡Birgit!, ¿estás ahí?

—¡Aquí! —gritó ella—. ¡Aquí, Wellington!

Wellington Fair saltó de la plataforma antes de que ésta llegase al final de su recorrido, y corrió hacia la selva de plástico..., mientras tras él, en sus cajas, los treinta MVB comenzaban a moverse, y en la selva los monstruos comenzaban a acudir a su encuentro.

—¡Birgit! —Llamó él de nuevo—. ¡Ven hacia aquí, tenemos que colocamos en la plataforma para volver arriba!

—¡Los robots! —gritó ella—. ¡Todo esto está lleno de robots, hay dos docenas de MVB, y seres monstruosos! ¡Estoy acorralada!

Diciendo esto, Birgit empujó a la bruja horrenda por la espalda, derribándola de bruces, y echó a correr hacia Wellington Fair, que había vuelto la cabeza y veía ahora a todos los MVB acercándose lentamente. La plataforma había llegado ya al suelo. Wellington se quedó mirando los robots, y sólo miró de nuevo hacia la selva cuando oyó la llegada de Birgit, que se abrazó a él, jadeante.

—Todo... todos son robots... —insistió ella—. Y todos deben disparar descargas como... como las de MVB.

Wellington miró hacia la selva, desde donde se acercaban los monstruos. ¿Tenían éstos el mismo poder destructivo que Mayer Van Bercken? Apuntó a la cabeza del enorme vampiro con cabeza semihumana que se acercaba batiendo sus enormes alas con sonidos de terciopelo, y disparó. Hubo un chispazo en la cabeza del vampiro, y el artefacto dejó de mover las alas y se vino abajo con gran estruendo. Wellington comprendió que aquellos seres no disponían de poder ofensivo, y señaló hacia la selva, tomó de un brazo a Birgit, y echó a correr...

La bruja apareció de nuevo ante Birgit, blandiendo sus manos horribles. Birgit, simplemente, la derribó de un empujón, y continuó corriendo junto a Wellington por entre arbustos y árboles, llevando tras ellos una legión de monstruos mecánicos de todas clases, que hacían sus peticiones y lanzaban sus chillidos y amenazas.

Al fondo de la selva había una pared, eso era todo. Una pared metálica, lisa completamente..., pero que ya no desconcertaba a Wellington ni a Birgit, los cuales comenzaron a pasar las manos por la pared, en busca de un posible resorte que abriese alguna puerta.

Y en efecto, había un resorte, que Birgit apretó casualmente. El hueco quedó ante ella, que alzó las manos para protegerse los ojos de la luz eléctrica de coloración normal que dio de lleno en ellos. Wellington la empujó, cruzaron ambos el umbral, y él se volvió, distinguió el resorte al otro lado, y lo apretó. La puerta se colocó de nuevo en su sitio, silenciosamente.

Estaban en el extremo de un pasillo que terminaba unos veinticinco metros más allá, al parecer sin puerta alguna. Pero sí había una puerta a cada lado de ese pasillo, y de una de esas puertas salió un robot, un MVB que enseguida se

orientó hacia ellos y comenzó a extender los brazos.

Wellington Fair disparó dos veces, y los «ojos» del robot saltaron en brillantes fragmentos. Birgit no tuvo necesidad de indicación alguna para saber lo que tenía que hacer. Se dejó caer al suelo, y Wellington lo hizo a tiempo de evitar las descargas azuladas, que pasaron sobre ambos. Enseguida, los dos echaron a correr en dirección al robot, que, ciego, caminaba hacia ellos con los brazos extendidos. Pasaron cada uno por un lado del artefacto, y, sin más, entraron en el aposento del cual había salido, y Wellington cerró la puerta tras ellos...

—¡No dispare! —Sonó la voz de MVB—. ¡No dispare, señor Fair!

Wellington Fair no disparó, pero su pistola se orientó velozmente hacia e! hombre que había gritado.

Un hombre normal y corriente, que no estaba solo. Había otros tres, y los cuatro llevaban una bata blanca. Casi tan blanca como sus rostros crispados por el temor. Los cuatro se habían puesto precipitadamente en pie, abandonando las sillas encaradas hacia el más espectacular y complejo conjunto de aparatos que pudiera imaginarse.

Lo que más destacaba eran las pantallas de televisión, en número no inferior a cincuenta, que ocupaban más de la mitad de la reluciente máquina en su parte superior, casi todas ellas encendidas, mostrando imágenes de las distintas dependencias del barco, tanto en las secretas como en las de aspecto normal. La mitad inferior estaba llena de paneles de control, cintas magnéticas y multitud de botones rojos, verdes y azules.

Wellington miró uno a uno a los cuatro hombres todos ellos de más de cincuenta años. Su aspecto no habría llamado la atención de nadie; parecían simples laboratoristas, eso era todo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Wellington.

Ninguno contestó. Estaban por supuesto mucho más asustados que Wellington Fair. Este movió la pistola hacia el que había apuntado en primer lugar.

—Colóquense juntos ahí —ordenó Y no se les ocurra tocar un solo mando de ese aparato... Es una computadora, ¿no es así? Una computadora financiada con peliculitas para sádicos. En cuanto a ustedes, no se molesten en decirme quiénes son. Lo sé: ustedes cuatro son Mayer Van Bercken.

—Wellington —se inquietó Birgit—, si vienen los robots...

—No van a venir mientras ellos no toquen esa máquina —rechazó Wellington— ¿No lo comprendes? Todo funciona en este barco por medio de la computadora. Todo, empezando por los robots. Ellos lo manejan desde aquí, y les hacen hablar por radio desde aquí, y desde aquí lo ven todo y presumen de saberlo todo..., todo lo que han ido aprendiendo de los vendedores de recuerdos. ¿Y quieres saber lo que estos cuatro chiflados pretenden en definitiva?

—Bueno, creo... creo que he comprendido algunas cosas...

—Yo las he comprendido todas, gracias a la conversación que antes tuve

con MVB. Te diré lo que pretenden: dirigir los Gobiernos de Europa, e incluso de América, utilizando a sus colaboradores de la clase A que salieron de aquí con vida y bien aleccionados y con grandes promesas.

—¡Están locos!

—Más de lo que crees. Se me ocurre que hasta es posible que hayan pensado colocar como gobernante de cada país un MVB, que ellos controlarían desde aquí o desde alguna otra instalación adecuada. Han estado aquí todo el tiempo, divirtiéndose y divirtiendo a unos sádicos con sus películas de horror y terror mientras preparaban el gran golpe final: gobernantes robots, o, cuando menos, gobernantes humanos pero asesorados por MVB que permanecerían siempre a su lado. Y para conseguir colocar en los puestos claves de Europa a los hombres que a ellos les convienen, los de la clase Á, habrían recurrido a cualquier procedimiento..., incluso las guerras, sobre las cuales el coronel italiano Sanpietro tiene unas ideas muy... convincentes. Así que desde aquí han estado jugando con un robot que era el compendio y la suma de los cuatro, y mientras tanto han ido preparando su plan y fabricando más robots y bichos y monstruos para divertirse... No son más que cuatro espantapájaros cobardes y miserables, malvados y sádicos, que han enloquecido con sus ansias de poder. ¿No es así, Mayer Van Bercken?

Uno de los hombres tragó saliva, y murmuró:

—Señor Fair, usted es un hombre inteligente... ¡El más inteligente de todos los de la clase al Si se une a nosotros...

—No sean absurdos —gruñó Wellington—, Les diré lo que van a hacer los cuatro ahora: van a sentarse ante sus «puestos de mando», y van a dar las órdenes oportunas para que este barco salga a mar abierto y navegue hacia Inglaterra, donde las autoridades adecuadas se harán cargo de todos ustedes...

—¡No! ¡Eso no! ¡Le daremos mucho dinero, mucho poder, haremos de usted...!

—Deje de insistir. Esto es un nido de locos y de asesinos, y yo voy a destruirlo en todos sus aspectos. Denunciaremos a los colaboradores de la clase A, a los sádicos que les compran las peliculitas, y ustedes... ¡ustedes cuatro irán a parar a un manicomio! ¡Siéntense y hagan lo que les he dicho!

Los cuatro hombres permanecieron inmóviles, mirando fijamente a Wellington. De pronto, uno de ellos lanzó un alarido de rabia, y se abalanzó contra el británico, que ni siquiera se molestó en disparar; recibió al hombre con un patadón en el bajo vientre que lo fulminó a sus pies...

Pero tal vez debió disparar, no contra este MVB, sino contra el que se abalanzó hacia uno de los paneles de mando. Cuando Wellington disparó, acertando al hombre en la espalda, ya era tarde: Mayer Van Bercken había presionado un botón rojo, grande... y en el acto, un zumbido de alarma se extendió por todo el barco, comenzó a sonar en todas las pantallas de televisión encendidas, mientras el hombre, herido mortalmente, se deslizaba hacia el suelo lentamente.

—¡Wellington, cuidado! —gritó Birgit.

Otro de los MVB corría como enloquecido hacia Wellington, que esta vez disparó. El hombre dio una voltereta, cayó de cabeza, y quedó inmóvil. El cuarto MVB, mientras tanto, se disponía a poner en marcha otros programas de la enorme computadora, pero ya Birgit había saltado hacia él, iniciando una lucha que desde el primer momento se mostró favorable a Birgit, pero que no llegó a concretarse, pues Wellington saltó también hacia el MVB humano, lo asió por la ropa del cuello, y lo apartó de Birgit de un tirón, colocándolo ante él como si fuese un muñeco.

—De modo que he encontrado lo que les asusta, ¿eh? He pronunciado la palabra clave, la palabra maldita: ¡el manicomio! Pues bien, allá irá usted a parar si no me obedece... ¡Detenga a todos esos robots!

Encaró a Mayer Van Bercken hacia las pantallas, donde, en algunas de ellas, se veía a los robots funcionando de nuevo, disparando sus descargas en todas direcciones. También los monstruos estaban de nuevo en movimiento, buscando la plataforma, para subir a los niveles superiores del barco.

—¡Al manicomio, no! —gritó Mayer Van Bercken—. ¡No!

—De acuerdo —aspiró hondo Wellington—, no irá al manicomio si detiene usted todo eso. ¡Y hágalo ahora!

—Ya no se puede... ¡No se puede! Es la alarma mortal, ya nada podrá detener a los MVB, están programados así, terminarán con toda vida en el barco... ¡Nada puede detenerlos!

—¡Oh, Dios mío! —gimió Birgit.

Wellington estaba lívido. Descargó un culatazo en la cabeza de Mayer Van Bercken y lo dejó caer, poco menos que muerto. Se colocó ante las pantallas de televisión mirando con espanto de una a otra.

La alarma seguía sonando, y mientras los robots y los monstruos comenzaban a subir en la plataforma, los empleados humanos del barco, tanto los normales como los especiales para el comprador de recuerdos, corrían de un lado a otro. En varios televisores vieron a los invitados, asustados, sin comprender nada...

—Wellington... —tartamudeó Birgit—. ¡Wellington, vamos a morir, vamos a morir todos!

Wellington Fair echó a correr hacia un extremo de la computadora, y luego hacia otro. Vio, en este lado, la conexión a los generadores de energía. Se apartó unos pasos, y comenzó a disparar contra la conexión, hasta agotar la carga de la pistola.

Oscuridad total. Todo movimiento y sonido cesó en el barco.

FINAL

—Bueno, Wellington —movió la cabeza lord Sinclair—, es usted famoso, muchacho. Posiblemente, el hombre más famoso del mundo en estos momentos.

—Lo que siento, señor —dijo Wellington— es que no pude traer el Pelikaan a Inglaterra, como era mi deseo. Pero cuando provoqué la avería el barco quedó a la deriva en el río, y naturalmente las autoridades belgas acudieron rápidamente y se hicieron cargo de todo. Todos los seres humanos se entregaron, y los robots fueron confiscados. Las autoridades belgas se harán cargo de todo, y pasarán informes a los gobiernos afectados por los sujetos de la clase A..., y también darán su merecido a los sádicos compradores de telefilmes con recuerdos.

—Dios bendito —murmuró lord Sinclair—, ¡debió ser todo horrible! No comprendo cómo pudo usted soportarlo, señorita Lamarr.

Birgit, sentada, como los demás, en el salón de la casa de campo de lord y lady Sinclair, sonrió.

—Hubo momentos en que creí que no podría soportarlo, es cierto. Pero me dije a mí misma que si me dejaba dominar por el pánico todo sería peor. Y por suerte, sobre todo, allá estaba Wellington.

—Bien, bien, bien... —dijo lord Sinclair—, Naturalmente, me ocuparé de que sea usted adecuadamente proporcionado, Wellington. ¡Quiero decir con toda normalidad, naturalmente!

Se echaron todos a reír. Lady Sinclair comentó:

—Su esposa es muy bonita, Wellington. Y muy inteligente. ¿De verdad no quieren quedarse unos días con nosotros?

—Se lo agradezco mucho, lady Sinclair, pero tenemos ya los pasajes de avión para Hawaii. Caprichos de ella. Y como a mí todavía me quedan más de dos semanas de vacaciones...

—Tal vez debieron casarse con más solemnidad, muchacho — dijo lord Sinclair—. Pero, en fin, supongo que a su regreso darán una fiesta a sus buenos amigos.

—Lo haremos con mucho gusto —rió Birgit—. Aunque fue emocionante casarnos sin ningún protocolo. Oh, creo que debemos marcharnos ya, Wellington.

—Sí —miró éste su reloj—. Lo siento, debemos irnos ya.

Los Sinclair acompañaron a los Fair hacia la puerta. En primer lugar iban lord Sinclair y Birgit, charlando. Detrás, lady Sinclair y Wellington. Este sacó un abultado sobre, y se lo tendió en silencio a lady Sinclair, que abrió mucho los ojos, lo tomó, y se apresuró a guardarlo bajo sus ropas, enrojeciendo. Lord Sinclair no se dio cuenta de nada.

—Gracias, Wellington —susurró lady Sinclair.

—No fue fácil, se lo aseguro —susurró Wellington—. Espero que no

vuelva a necesitarme para una cosa así.

—No... —se estremeció ella—. No, nunca más. ¿Cómo pudo... recuperarlas?

—Le dije al muchacho que si no me las daba y dejaba de molestarla a usted lo iba a tratar peor que a Mayer Van Bercken. Creo que fue eso lo que lo convenció...

Poco después, Wellington y Birgit emprendían el regreso a Londres, desde donde partirían a la mañana siguiente hacia Hawaii. Ya era casi de noche, y por entre unos nubarrones comenzaban a verse algunas pálidas estrellas.

—¿Le entregaste las cartas? —Preguntó Birgit—. ¿Pudiste?

—Sí. Me parece que la lluvia nos va a alcanzar antes de que lleguemos a Londres. ¿No te gustaría que parase el coche en uno de estos lugares tan tranquilos y bellos y recordásemos...?

—¡No! —Respingó Birgit—. ¡No me hables de recuerdos!

—Pues algunos valen la pena —sonrió Wellington, sacando e! coche de la carretera—, y podemos disfrutarlos juntos.

FIN